



DESEO, PELIGRO

— LIBRO 3 —

ROBYN HILL

Este es el Libro 3 de la saga romántica contemporánea «Deseo, Peligro».

La relación de Julie y Andrew continúa alimentándose de incertidumbre y pasión, mucha pasión. Cuanto más descubre ella sobre el joven surfista, más desea alejarse de él. Pero la fuerza irresistible del deseo se lo impide.

Mientras tanto, Julie continúa recomponiendo la vida de su padre en Sunville a través de los recuerdos de quienes le conocieron y apreciaron. En su interior, sabe que necesita perdonarle para continuar con su vida.

¡Descubre el desenlace de la saga con más pasión y suspense!

Capítulo 1

En la cafetería, Julie se acercó a su jefa para rodearla por los hombros. Llevaba un par de días con la melancolía a cuestas a causa de la ausencia de Cassandra, que estaba con su padre pasando el verano. Al cabo de un mes volvería a casa, pero para Laura era una eternidad.

—Seguro que se lo pasa mejor allí que conmigo —se lamentó Laura con un mohín de disgusto, apoyándose en la barra—. Ellos se pueden permitir más lujos que yo...

—No te tortures más. Estoy convencida de que te echa mucho de menos. Ya verás el cariñoso abrazo que te da cuando termine el verano —dijo Julie sonriendo de oreja a oreja.

Laura suspiró largamente.

—Cada vez pasa más rápido el tiempo. Ayer era una niña de tres años que solo quería estar con su madre, y hoy ya es una pequeña mujercita que va y viene, ¡incluso se va sola en autobús a Nueva York! —dijo mientras pasaba un trapo por el mostrador dejándolo reluciente—. Te lo digo de verdad, el tiempo pasa volando. Me levanto, hago tres o cuatro cosas, y ya ha pasado una hora. En solo siete años mi Cassandra ya estará en la universidad... Bueno, mejor me callo, parezco mi abuela.

Laura negó con la cabeza, como si quisiera sacudirse ese tipo de pensamientos que no conducen a nada, salvo a la propia tortura.

—Si todo pasa tan deprisa, ya verás lo pronto que se pasa el mes. Además, ¿vendrá a la boda, verdad? —preguntó Julie.

—Es lo que me gustaría, aunque después del episodio de su escapada, ya no sé qué pensar. Jeffrey me ha dicho que la traerá...

En la terraza, un grupo de adolescentes tomó asiento. Antes de acudir a la mesa, Julie se giró para preguntarle a su jefa una cosa que llevaba días rondándole la cabeza.

—¿Conoces a un médico llamado Azzopardi? —preguntó apoyándose en la barra.

—Sí, claro, ¿por qué? —respondió Laura tomando una bandeja.

—Su nombre estaba anotado en el calendario de mi padre, tenía una cita. Estaba pensando en ir a hablar con él y, no sé, quizá me diga algo sobre él.

—Lo conozco, pero ¿no crees que es mejor dejar tranquilo el recuerdo de tu padre? Quizá eso sea más doloroso que beneficioso, Julie.

Julie se quedó pensativa durante unos segundos. Le gustaba que su amiga ofreciera una perspectiva diferente. Admiraba a Laura y sabía que era una persona sensata.

—Llevaba casi la mitad de mi vida sin saber nada de él, y cuando por fin me entero de algo, es de su muerte. Todo ese tiempo lo he odiado porque pensaba que nos había abandonado y ahora, al enterarme de la razón de su ausencia, no sé qué pensar. Algo me empuja a saber más de él —dijo Julie sorprendida por cómo le afectaba todo el asunto de su padre.

Laura la miró durante un segundo, y después asintió con la cabeza.

—Tienes razón, quizá yo también actuaría como tú. La consulta del Dr. Azzopardi está muy cerca de aquí, camina por el paseo marítimo hasta una casa con aspecto de muy moderna. No tiene pérdida.

Al terminar su turno, Julie decidió que era el momento para visitar al doctor Azzopardi. Tal y como le indicó Laura fue caminando por el paseo marítimo. El sol estaba en lo más alto expandiendo su calor a todos los rincones de Sunville. Aún así, la gente paliaba la alta temperatura degustando helados, o caminando en bañador o en bikini, según el caso. A lo lejos, la playa estaba repleta de sombrillas, con niños chapoteando en la orilla o jugando con la arena.

Aquel panorama tan festivo de padres e hijos, le trajo el recuerdo de sus padres cuando la llevaron a Disneyworld, en Florida. Sin duda, era uno de los recuerdos que guardaba con más cariño de su infancia. Curiosamente su momento preferido de aquellas vacaciones no fue ninguna atracción, sino los desayunos en el hotel donde se alojaban. Eran maravillosos bufés repletos de tortitas, bollos, huevos revueltos con bacon, cereales de mil sabores, zumo de frutas recién exprimido, etc. Evocó el aroma a café y tostadas ligeramente quemadas, como le gustaban a su padre.

Casi sin darse cuenta, inmersa en los recuerdos, llegó hasta la casa moderna mencionada por su jefa. Su posición era envidiable, a escasos metros de la playa y con una pequeña valla de color granate rodeando la casa. Del jardín se erigía una columna que soportaba una especie de cabaña, cuya amplia ventana ofrecía, sin duda, unas vistas maravillosas del mar. Parecía como un refugio al cual se accedía mediante unas escaleras de caracol.

Junto a la entrada una placa anunciaba la consulta del Dr. Azzopardi. Julie pensó que sería una visita más sencilla de la que hizo al Klein, así que se notó algo más relajada. Apretó el timbre y esperó mirando a su alrededor.

Para su sorpresa, sin que nadie preguntara por el portero automático, el cerrojo se abrió con un chasquido metálico. Julie empujó la puerta de madera y entró en la casa, expectante, sin saber si sería bien o mal recibida.

—¿Hola? —preguntó al pisar el esplendoroso césped, que parecía recién regado.

—Sí, aquí dentro —respondió una voz de hombre—. Pase, pase...

Mientras caminaba hacia el origen de la voz, Julie fue contemplando fachada. Una extensa y bien decorada terraza con muebles a juego y multitud de plantas, con una barbacoa envuelta en una funda. Quienes fueran los dueños eran gente con dinero, sin duda, pensó Julie.

Al entrar en el salón, se encontró a un hombre de pelo rizado recogido en una coleta. Estaba tumbado en un cómodo sofá fumando en una pipa y escuchando música clásica, en un estado de asombrosa relajación.

—¿Dr. Azzopardi? —preguntó Julie, titubeante.

—Sí, soy yo —respondió sin abrir los ojos—. ¿Tenía cita?

Se acercó hasta él, esperando no ser vista como una intrusa.

—No, la verdad es que no. Venía a hablar con usted. Laura, la dueña de La espuma, me dijo que vivían aquí —dijo mirando el salón de paredes color salmón y con una gran cantidad de pequeños cuadros al óleo colgados.

—Si no tiene cita no dispongo de mucho tiempo. ¿En qué le puedo ayudar? —dijo con una media sonrisa.

Julie carraspeó.

—Soy la hija de John Turpin —dijo esperando causar algún tipo de reacción en el médico.

El hombre examinó a Julie de arriba a abajo sin dejar la pipa. Enseguida su cara

adquirió un gesto de sorpresa, por lo que la joven dio un paso atrás, no muy segura de si era una buena o mala señal.

De repente, el doctor Azzopardi se colocó de pie, muy cerca de ella. Julie calculó que el hombre tendría unos cincuenta y tantos años; su pelo aún conservaba un buen color, aunque de cerca se observan una gran cantidad de canas aquí y allá.

—Sí, te pareces a él —murmuró con la pipa en la mano.

Su rostro mutó repentinamente de una profunda seriedad a una alegría inusitada.

—¡A mi brazos! —exclamó acercándose a ella y estrujándola contra su pecho, ante el atolondramiento de Julie—. Tu padre nos hablaba mucho de ti y de las ganas que tenía de verte... ¡Edna, ven rápido! ¡No sabes quién ha venido a visitarnos! —dijo girándose hacia un punto indeterminado de la casa.

Julie aspiró el olor de lo que pensaba era tabaco, pero enseguida se percató de que era otra sustancia. «Dios mío, está fumando un porro en una pipa», pensó la joven, alarmada. «¿Qué clase de doctor es, uno hippy?».

Bajando las escaleras, apareció una mujer vestido con un poncho, más joven que el doctor Azzopardi. Era menuda, de pelo moreno, corto y sus cejas eran muy espesas y largas. Sin lugar a dudas, desprendía un aire extravagante.

—Cariño, es la hija de John —dijo el doctor Azzopardi.

—No me digas —dijo la mujer, acercándose hasta Julie, con las manos juntas como en una plegaria—. Ay, ¡qué alegría, dios mío!

Como era de esperar, Edna también abrazó con ímpetu a la joven, quien aún estaba impactada por el cálido recibimiento.

—¿A qué se debe este milagro? —preguntó Edna sonriendo—. Sabíamos que John tenía una hija, pero pensábamos que vivía en Nueva York. ¡Qué guapa eres! Eres igualita a tu padre. Ven, toma asiento y cuéntanos, por favor.

Edna la tomó de la mano y la llevó hasta un sillón. El matrimonio se sentó en el sofá, expectantes. El doctor Azzopardi le ofreció algo de beber, pero Julie lo rechazó cortésmente. Después ella dedicó los siguientes minutos a relatarles cómo sabía de su existencia.

—¡Una historia fascinante, fascinante! —exclamó Edna—. Me encanta, ¿verdad, Ed?

El doctor Azzopardi asintió después de dar una larga calada a su humeante pipa. Julie aún no salía de su asombro, ya que no esperaba una reacción tan tierna por su parte al mencionar a su padre.

—Lo que deseaba preguntarles es sobre la cita que tuvo con mi padre hará un par de meses... Si me podían contar algo sobre él —dijo Julie.

—Bueno, en realidad, esa cita no era como tal, sino seguramente una invitación a cenar con nosotros y unos cuantos amigos. Resulta que William Bester nos lo presentó, y enseguida hicimos buenas migas. Lo que sí me dijo es que tenía diabetes y eso es, por desgracia, es un factor de riesgo para el ataque de miocardio. Además de su edad, por supuesto. Lo siento, Julie.

—Tu padre te quería mucho, de eso puedes estar segura. Estaba decidido a visitarte y pedirte perdón... —dijo Edna, emocionada—. Lo siento, me da pena que al final no pudierais veros.

Su marido la rodeó por los brazos y la besó en la frente, cariñosamente.

De improviso, un par de lágrimas rodaron por la mejilla de Julie. Estaba viviendo un momento de intensa emoción, con dos personas que habían estimado a su padre en muy poco tiempo de haberlos conocido.

Edna sacó un álbum de fotos de los antiguos, de tapa dura y con fotos reveladas de un carrete. Se lo entregó a Julie para que viera las que quizá fueran las últimas fotografías de su padre.

—Fue una noche de cena mexicana que preparé hace un mes, con sombreros, tequila, tortillas y guacamole —dijo Edna.

—Incluso trajimos a unos mariachis —apuntó el médico, cada vez con los ojos más enrojecidos.

Julie, aún embargada por la emoción, fue pasando las páginas hasta que encontró a su padre calado con el sombrero típico mexicano, brindando a la salud de unos margaritas junto al matrimonio Azzopardi. Vestía con una camisa azul, y su piel estaba bronceada. Se le veía radiante, feliz... Julie se alegró, pues saber que su padre había disfrutado de sus últimos momentos de vida le causó un profundo alivio.

—Era un buen hombre, Julie —dijo el doctor Azzopardi.

—¿Sabíais que estuvo en la cárcel?

El matrimonio intercambió una mirada, como si ninguno se atreviera a responder.

—Sí, nos lo contó. Y nos dijo que se arrepentía porque eso le había privado de estar contigo. Julie, tienes que perdonarle, por favor —dijo Edna mirándola fijamente.

—Cariño, eso es algo que tiene que decidir ella misma. Nosotros no somos nadie para decirle lo que tiene que hacer —dijo su marido con tono serio.

—Lo sé, pero solo es una sugerencia. Me imagino cómo se debe sentir, y lo mejor es vivir el presente y tener limpio el corazón. Además, no creo que se lo toma a mal —dijo Edna.

—Oh, no, para nada —dijo Julie.

—Es más, toma te voy a dar la llave que también le di a tu padre. Es la llave del altillo, un lugar tranquilo, armonioso, con maravillosas vistas, perfecto para la meditación. Tu padre solía ir mucho allí a tocar la guitarra. Ahora no puedes ir porque está la chica de la limpieza poniendo orden, pero pásate cuando quieras, ni siquiera hace falta que estemos nosotros en casa. Eres más que bienvenida.

Julie se quedó con la boca abierta.

—¿Mi padre tocaba la guitarra?

—Y muy bien, además —dijo el Dr. Azzopardi.

Al anochecer, Julie regresó a casa andando evocando los mejores momentos de su visita a los amigos de su padre. Era evidente que lo apreciaron, que sentían la pérdida y eso provocaba que percibiera un matiz más de John Turpin, su padre.

Mientras subía por la calle principal de Sunville, recibió un mensaje de Sarah.

Un día de estos me acerco al piso de Tom, recojo tus cosas y te las llevo. ¡Lo haré en cuanto pueda! Ando muy liada últimamente

Cuando estaba llegando a casa, la joven respondió con otro mensaje agradeciendo el gesto de su amiga, y diciéndole que no le corría prisa. Julie sabía que Sarah se alegraba de ese paréntesis que se había tomando en Sunville, y que estaba contenta trabajando junto a Laura en La espuma. Tenía ganas de abrazarla y enseñarle el pueblo.

Unos metros antes de cruzar la calle para entrar en la casa, ocurrió una cosa extraña. Por instinto miró hacia un coche aparcado en la otra esquina, envuelto en la penumbra. Sin saber muy bien por qué, miró fijamente al interior donde le pareció distinguir una sombra frente al volante. Se sintió observada y una extraña sensación se apoderó de ella, una mezcla entre miedo y curiosidad.

De repente, el motor y las luces se encendieron; el coche hizo una maniobra y se alejó por la calle en la dirección contraria. Julie negó con la cabeza, sintiéndose desprotegida, vulnerable. ¿Quién podía ser? ¿Le estaban siguiendo?

«No, no puede ser. No son más que imaginaciones mías. No era nada más que un coche aparcado. Eso es todo, déjate de películas», se dijo.

Capítulo 2

El plan era genial. Disfrutar de un día en la playa gracias a que La espuma cerraba los domingos por descanso del personal. En la furgoneta de Kevin viajaban Laura y Julie, cada una acarreando su bolsa con todo el *kit* necesario: bronceador, toalla y pareo. Laura había mencionado una playa a las afueras de Sunville que se escapaba de las visitas masivas del turismo, algo que sorprendió a Julie. Así pues, se dispuso a pasar un día tumbada en la arena relajándose con el murmullo de las olas. Sí, le apetecía olvidarse de todo en compañía de sus buenos amigos.

—¿Estamos todos? —preguntó Kevin.

—¡A la playa! —exclamó Laura agitando los brazos como una animadora—. Por cierto, Julie, ¿te gustaría trabajar mañana como camarera en la mansión Campbell? Me he enterado de que buscan gente y no pagan mal, si te interesa me lo dices.

—Claro que sí. Me vendrá bien un dinerito extra —dijo Julie, contenta.

—Entonces está hecho —dijo su jefa.

Kevin llevaba puesto un sombrero de cowboy y se mostraba sonriente y dicharachero, como un niño invitado a un parque de atracciones. Llevaba una camiseta blanca de tirantes y un bañador amarillo. Laura se había decantado por un estilo *navy* con una camiseta blanca de líneas negras, y un pantalón cortísimo vaquero con unos flecos rebosantes de *glamour*. Estaba guapísima.

—Me encanta tu *look* —dijo Julie.

—Si es que tengo un fondo de armario que sería la envidia de la mismísima Beyoncé —dijo Laura, divertida.

A eso de las once de la mañana llegaron a la playa, después de un breve trayecto desde la casa de Laura. Kevin estacionó el vehículo en un aparcamiento que también era compartido por un pequeño hotel de apartamentos, con casas tipo *bungalow*.

—Qué ganas de darme un buen chapuzón... —dijo Kevin mientras agarraba la nevera con las bebidas.

Después de cruzar el restaurante del hotel, llegaron hasta la playa. Una ligera brisa les recibió pero no resultaba molesta. Las olas apenas estaban rizadas, y se veía a lo lejos a la gente tumbada en la orilla, o nadando.

Mientras se acercaban a la orilla, Julie se concentró en el horizonte, pues se veían a lo lejos navegar a un par de yates que se imaginó pertenecerían a gente millonaria. Nunca había estado a bordo de ninguno, aunque dedujo que la experiencia sería sensacional. La verdad es que el mar le causaba fascinación y miedo al mismo tiempo. Dejaron todas las cosas en la arena, pero algo le llamó la atención cuando observó a un hombre afroamericano salir del agua. No era su brillante calva ni su barba *hipster*, ni sus piernas fuertes o su torso depilado, sino que su pene colgaba al aire con la mayor naturalidad del mundo.

Aquello indignó a Julie, que se giró para comentarlo con Kevin y Laura, pero se quedó

sin palabras cuando también los vio como Dios los trajo al mundo, es decir, desnudos. Desvió la mirada, pero allá donde posaba la vista observaba senos, pechos, penes, traseros y vello púbico.

—Julie, ¿te dije que íbamos a una playa nudista, verdad? —preguntó Laura acercándose a ella, sin ningún pudor.

—¡No! ¡No me lo dijiste! ¿Cómo olvidaste decirme que veníamos a una playa nudista?

—preguntó Julie, desesperada.

—Ay, lo siento, qué despiste —dijo Laura llevándose las manos a la cabeza—. ¿Y ahora qué hacemos? Porque a ti no gustaría...

—¿Desnudarme? ¡Digamos que no es mi estilo!

Kevin, que solo llevaba el sombrero de cowboy, abrió la nevera, tomó una cerveza y se tumbó en la toalla con absoluta calma. Aquello no iba con él.

—Si quieres te llevo a casa, aunque espero que me permitas terminar este cervecita

—dijo Kevin mirando absorto su bebida.

—No os preocupéis por mí, me iré andando a casa caminando por la playa —dijo Julie tapándose la vista con las manos.

A pesar de las reticencias de Laura, Julie cogió sus cosas y el bolso y se fue andando. Se le pasaría el enfado, pues solo necesitaba dejar que transcurriera un rato. No sería sencillo, ya que la imagen de Laura y Kevin le perseguiría toda la vida. Estaba traumatizada y necesitaría terapia para superarlo.

Después de unos veinte minutos de serena caminata por la orilla, se encontró con un numeroso grupo de gente asentada en la orilla que miraba con deleite a un surfista en plena acción. ¡Se trataba de Andrew! Se movía encima de la tabla con una elegancia y una majestuosidad que parecía ser el rey del mar. Con el pecho al aire y su preciosa melena rubia al viento la imagen era demasiado sexy para Julie. Tragó saliva mientras Andrew cabalgaba la ola en nerviosos zigzags hasta que esta se extinguió y el surfero alzó los brazos, victorioso.

—Y el ganador del décimo torneo de Sunville es... ¡Andrew Morton! —exclamaron con entusiasmo por megafonía.

La gente aplaudió a rabiar y coreó su nombre. Julie, que lo ignoraba todo del surf, alzó las cejas, sorprendida. Incluso antes de que saliera de la orilla, fueron a recogerle y llevarle a un pequeño escenario improvisado en mitad de la arena. Le esperaba el puesto más alto en el podio, junto al segundo y tercer clasificado.

Intrigada, Julie se fue acercando cada vez más, hasta que se encontró rodeada del público. Hombres con barriga cervecera y mujeres hermosas en bikini coreaban su nombre. Julie aún no salía de su asombro. Sabía que Andrew era surfero, pero no que alcanzaba esa magnitud. Allí arriba, en lo más alto de la gloria, se le veía colmado de felicidad, exultante.

Se alegró por él aunque se sintió de alguna forma desplazada, algo que sin duda se merecía pues ella siempre había hecho todo lo posible por alejarse de su maldito influjo. Ahora era ella quién deseaba acercarse y darle la enhorabuena, pero era difícil acceder hasta él. Todo el mundo deseaba hablarle o hacerse fotos.

Con pesar, se dio la vuelta con la intención de retomar el camino hacia Sunville, pero a los pocos pasos una mano en la espalda la obligó a girarse. Era Andrew. Atractivo como siempre, el pelo húmedo, la mirada iridiscente, los labios carnosos... Un cañón de hombre.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó Andrew con los brazos en jarras.

—Ah, hola, Andrew... Quería saludarte, pero te vi tan ocupado que... —dijo Julie avergonzada, como si la hubieran pillado en una travesura.

—Al menos me merecía un hola —dijo Andrew con fingido enfado—. ¿Adónde vas?

—Voy a casa, vine con Kevin y Laura pero me llevaron a una playa nudista, y yo no me quería desnudar, por lo que me fui andando... vestida —dijo Julie con atropello,

azorada aún por el ardiente efecto de Andrew en todo su cuerpo.

El surfero soltó una bella carcajada que dejaron ver unos dientes blancos y perfectos.

—Te has portado bien conmigo, y si te hablo es por que me salvaste de ese tipejo y nos ayudaste a encontrar a Cassandra, pero aún sigo enfadada, y no creo que pueda confiar en ti —dijo Julie esforzándose en clavar la mirada.

Cerca de ellos había un puesto de helados con una pinta increíble. Se podía elegir cucurucho o tarrina.

—Creo que al menos me he ganado a que me invites a un helado —dijo Andrew con seguridad en sí mismo.

—Oh, está bien —dijo Julie sacando el monedero de su bolso de playa.

Ambos tomaron asiento en un banco desde el cual se divisaba toda la playa. Ella se había pedido un helado de frambuesa y él, uno de vainilla. Aún no se había disuelto la entrega de premios, la gente seguía felicitando al resto de ganadores de otras categorías. La música electrónica seguía animando el ambiente.

Julie se sentía relajada, pues con gente delante no daría rienda a su pasión desenfrenada por Andrew. Se sentía a salvo de su propio e irrefrenable deseo.

—¿Cómo vas con el asunto de su padre? ¿Has descubierto algo más?

—¿Te refieres a que sí he encontrado los diamantes?

Andrew chasqueó la lengua en un gesto de fastidio.

—No, claro que no. Yo te creo cuando me dices que no sabes dónde están. Me refiero a lo que te hizo venir a aquí, el conectar a tu padre desde el más allá.

Julie le comentó su visita al peculiar matrimonio Azzopardi. Le habló de la cabaña donde su padre tocaba la guitarra. Entonces se dio cuenta de que algo no encajaba en Andrew.

—¿Sabes? Eres un detective bastante peculiar. No sabía que también eran surferos, y muy buenos —dijo Julie mientras saboreaba su helado.

Se formó un espeso silencio. De repente, la preciosa mirada de Andrew pareció flotar por el horizonte.

—Tengo algo que contarte, Julie.

—Ahora qué me vas a decir... te temo... —dijo ella, expectante, sabiendo de que se trataba algo serio.

El surfero se giró hacia ella y suspiró.

—No soy detective de seguros —dijo mirándola con fijeza.

—¿Qué? —exclamó sintiendo que su corazón daba un salto mortal.

Andrew estaba cargado de sorpresas.

—Mi padre fue el otro atracador del aeropuerto. Lleva toda la vida obsesionado con recuperar esas joyas, pero yo sabía que eso le causaría un sinfín de problemas con la ley y con la gente. Temía que hiciera daño a alguien o le hicieran daño, por eso tenía que vigilarle de cerca.

—Ya no sé si creer en ti o no, no sé nada... —dijo ella, dolida.

—Estoy de tu lado, Julie, tienes que creerme. Soy de los buenos —dijo Andrew mirándola fijamente y posando una mano en su pierna—. A pesar de que mi padre es como es, un loco impetuoso que siempre hace la peor jugada, es mi padre y lo quiero. Tienes que comprenderme. No es fácil mi papel, estoy en el medio de todo.

—Dime que ya no hay nada más que ocultar, Andrew. Promételo —dijo Julie, afectada, deseando creer que todo lo que decía era verdad, la pura verdad de una vez por todas.

—No hay nada más.

Julie lanzó las manos alrededor de su cuello para luego mezclar los dedos entre su melena rubia. Al primer roce, su cuerpo recibió una descarga de placer. Andrew se inclinó y ella cerró los ojos esperando el beso como si fuera el último, como si al día siguiente estallara el apocalipsis y todos acabaran muertos.

La lengua de Andrew invadió, succionó, estimuló y Julie se dejó hacer saboreando la mezcla de vainilla y a atractivo surfero, que le llegaba intensa hasta el paladar. La mano de él se posó otra vez en el muslo de Julie, iniciando otra descarga de placer, poniendo su piel de gallina. El olor a mar la rodeó, seduciéndola, causando su rendición sin medida.

Pero Julie quiso dejar claro que no le apetecía sexo... al menos ese día. Así que deshizo el beso antes de que la temperatura estallase y ya no hubiera marcha atrás.

Odiaba sentirse tan dependiente de Andrew.

—Hoy no... —musitó ella acariciando su mejilla.

—Como quieras... —dijo él sonriendo.

Andrew la abrazó y por un largo rato se quedaron ambos así, abrazados el uno al otro, formando un escudo contra el mundo donde el uno bebía del otro.

Capítulo 3

La mansión de los Campbell era, a todas las luces, la mejor casa de todo Sunville. Con una fachada decimonónica, largas columnas en la entrada y una espectacular escalinata, era la envidia de todos los habitantes. Cada año se celebraba un evento de alcurnia donde estaba invitado lo más granado de la sociedad. La excusa era recaudar fondos para ayudar a los más necesitados, por lo que cada uno contribuía en su justa medida. A lo largo del césped que rodeaba la espectacular casa, los invitados departían en pequeños círculos mientras sonaba una música agradable y en directo, gracias a un discreto cuarteto compuesto por dos violinistas, un contrabajo, y un flautista.

Julie se sentía algo incómoda con el uniforme, pues la falda le apretaba, además de sentirse extraña con el delantal y la cofia. Ella se había depilado, aplicado un hidratante perfumado, una ropa interior de marca y unas medias nuevas, pues deseaba estar a la altura del evento.

Con el rictus propio de la clase adinerada, paseaba la bandeja de canapés serpenteando entre los invitados.

—Querida, ¿qué es? —le preguntó una de las invitadas señalando un canapé de color bermellón.

—Eso es berenjena con salsa roja de ostra —dijo Julie aunque en realidad se lo inventaba sobre la marcha. Laura le había confesado que la diferencia entre una buena y una mala camarera es que la primera siempre tiene respuestas para todo.

Al regresar a la cocina a rellenar la bandeja, alguien la llamó por su nombre. De entre un grupito de hombres, alzó la mano de William Bester, quien sonreía amigablemente.

—Julie, menuda sorpresa —dijo mientras saludaba con un beso en la mejilla—. No esperaba verte por aquí, en la casa de los Campbell.

—Pues yo también podía decir lo mismo. Me consiguió el trabajo una amiga —dijo ella, también sorprendida.

—Soy un viejo amigo de los anfitriones. No me pierdo la fiesta del verano, se come de maravilla —dijo guiñándome el ojo—. ¿Has probado las bolitas de bacalao?

—No, me temo que me despedirían. No está en el convenio de las camareras con cofia —dijo Julie sonriendo.

Después de una breve charla sobre cualquier tema, Julie dejó a Bester en su grupo de amigos, y se fue directa a la cocina. Estaba asombrada por la inmensidad y el lujo de la casa: sofás de cuero que parecían camas, alfombras relucientes, figuras de porcelana, cuadros al óleo de tamaño inmenso, cortinas doradas con visillos de terciopelo...

De repente, su estómago empezó a gruñir de hambre de una forma que llamó la atención de algún distinguido invitado de monóculo.

Entró en la cocina, dejó la bandeja y, con la ayuda de una servilleta, se aprovisionó de canapés procurando que nadie la descubriera, eso sí. Por fortuna, el trasiego en la

cocina le permitió pasar desapercibida, así que miró a su alrededor por si estaba cerca la encargada, y al no verla se encerró en el cuarto de baño.

Estaba molida de tantos paseos por el césped, arriba y abajo, y le dolía la muñeca por el peso de la bandeja metálica. Aún así estaba agradecida a Laura por conseguirle el trabajo. La paga era generosa, tanto que deseaba un trabajo así por lo menos una vez a la semana.

En ese momento, vibró su teléfono dentro del bolsillo del delantal. No estaba muy convencida de que esa fuera la finalidad del bolsillo en esa prenda de ropa, pero el caso es que le resultó útil para no despegarse del teléfono en toda la noche.

En la pantalla, señalaba la recepción de un mensaje cuyo remitente era el surfista de ojos azules. Una corriente de ansiedad la cubrió de arriba a abajo. «¿Qué me querrá decir?», pensó mientras se le cruzaba por la cabeza la cálida imagen de ese beso sabor vainilla, el subidón de las pulsaciones cardíacas, el momento lleno de romanticismo...

Te echo de menos, ¿dónde estás?

Julie sonrió al leer el mensaje. «A ver si ahora me estoy enamorando», se dijo a sí misma. Andrew le atraía de una forma dramática e intensa. Lo sabía porque su estómago parecía un nido de mariposas el primer día de rebajas.

Tecléo a toda velocidad:

Sentada en el cuarto de baño

Pero enseguida se dio cuenta de que no era una imagen que deseara plantar en la cabeza de Andrew, así que borró el mensaje —aliviada por rectificarlo—, y escribió uno nuevo.

Tomándome un descanso mientras devoro canapés de bacalao y caballa

Al poco tiempo recibió la respuesta.

Así me gusta, siempre tan romántica...

Julie rió de buena gana, y se percató que no recordaba la última vez que había reído así. Una parte de ella se sentía feliz, extrañamente feliz, como si no pudiera ser mejor plan que comer a escondidas canapés de bacalao y mensajearse por teléfono con un surfista macizo.

Antes de que pudiera responderle, Andrew le envió un nuevo mensaje:

¿A qué hora sales? Voy a recogerte

A Julie se le encendió el entusiasmo. Le encantaba que fueran a recogerla, le parecía un gesto tan caballeroso... La espera en aeropuertos, en estaciones de trenes o autobuses esperando a esa persona especial es el caldo de cultivo de legendarios romances.

Dentro de una hora. Espero que tu coche tenga unos buenos amortiguadores, porque me estoy poniendo morada a canapés...

Mientras esperaba la respuesta, tiró de la cadena por si alguien se preguntaba a qué venía tanto tiempo en el retrete. Sonó el pitido con el nuevo mensaje, y con la ilusión de una niña lo abrió para leerlo en el momento.

Me llevaré entonces el tractor...

Julie soltó una nueva carcajada al imaginarse a lo dos sentados encima de un tractor a 20 km/hora circulando por la carretera. No tuvo mucho tiempo de recrearse en esa imagen, ya que enseguida la instaron a salir.

Con el estómago saciado y la bandeja repleta de canapés, se dirigió al piso superior mientras miraba su reloj de pulsera. Deseaba acabar cuanto antes, pero parecía que el tiempo avanzaba con una lentitud pasmosa.

Mientras subía por las escaleras se fijó en la esplendorosa lámpara de cristal y bronce de estilo antiguo que colgaba del techo. Era un signo de ostentación que ella jamás se podría permitir.

De repente, se oyeron unos gritos proviniendo de uno de los salones. A Julie le pareció

que la voz era de William Bester, así que aceleró el paso, frunciendo el ceño.

—¿Cómo te atreves a afirmar una cosa así?

Cuando entró en la sala, el Sr. Bester se encontraba de pie frente a una mesa cubierta con un tapete de color verde, y con cartas aquí y allá. Varios hombres sentados le miraban con estupefacción, y detrás de ellos, más hombres y mujeres también con expresión similar.

—¿Cómo te atreves a afirmar una cosa así? —repitió el abogado con un tono indignado—. Yo no he hecho trampas en mi vida.

—Cálmate, William. No pasa nada, estamos entre amigos —dijo un señor con un bigote negro y peinado reluciente—. Habrá sido un error al repartir, eso es todo.

Julie se fue acercando poco a poco, como si tuviera miedo de que advirtieran su presencia. Al menos ni Margaret ni el Sr. Bester se percataron de ella.

—De error nada. He visto claramente como su mujer le hacía señas —dijo otro señor vestido con una americana de pana azul—. Está claro que tienen un código. No es la primera vez que veo este tipo de trampas.

Como poseído por una ira del infierno, el Sr. Bester se lanzó a por su acusador, el cual no se inmutó, lo que pareció más irritante. Antes de que uno de los puñetazos lanzados al aire impactase en la mandíbula del hombre de la americana azul, el Sr. Bester fue retenido por varias personas.

A Julie le pareció que la escena desprendía un punto de comicidad al ver al abogado comportarse como un niño pequeño. Aunque era menudo, fueron necesarias varias personas para frenar su ataque. Su cara estaba roja como un tomate. Margaret se colocó a su lado, sin saber muy bien qué cara poner.

—Nadie en mi vida me ha insultado de esta manera delante de mis amigos. ¡No sabes con quién estás hablando! —exclamó el Sr. Bester alzando el dedo.

El hombre de la americana cogió sus fichas y se marchó de la mesa sin que un pelo de su peinado se alterase. Al pasar al lado del abogado se detuvo.

—Usted y yo sabemos lo que ha sucedido, así que ándase con cuidado la próxima vez porque no se lo pasaré por alto, Sr. Bester —dijo con solemnidad.

—¡Maldito idiota! —exclamó el abogado, aún sujetado—. Te haré comer tus palabras. Tú eres el tramposo.

El hombre de la americana abandonó el salón sin mirar atrás y desapareció bajando las escaleras, aunque el ambiente aún seguía tenso. El Sr. Bester alzó las manos como en son de paz, y las manos que lo sujetaban fueron desapareciendo.

Con su dignidad herida se fue mesando los cabellos.

—Ay, William —dijo Margaret con un hilo de voz.

—Ese imbécil. Me las pagará algún día.

—¿Están bien? Siento lo que ha pasado —dijo Julie dejando la bandeja en la mesa y acercándose hasta ellos.

El abogado tomaba asiento instado por Margaret quien negaba la cabeza mirando a Julie.

—Gracias, cariño, aunque no es culpa suya. Hay gente que no tiene educación, eso es todo —dijo Margaret mirando al resto de personas que se iban dispersando.

El Sr. Bester apoyó el codo sobre la mesa y miró la mesa negando con la cabeza.

—Primero perdimos la casa de veraneo y ahora la dignidad, ¿qué es lo siguiente? —dijo con angustia.

Margaret, detrás de él, le acariciaba los hombros, consolándole.

—Será mejor que nos vayamos a casa, aún nos queda una hora de camino hasta Nueva York —dijo Margaret—. Mañana será otro día, cariño.

El abogado palmeó con ternura la mano de Margaret. Julie pensó en lo bonito que sería encontrar a alguien con quien pasar el resto de tu vida, y que siempre estuviera ahí para ofrecer refugio y alivio.

—Sí, está bien, como quieras —dijo él.

—Todos los días no encontramos con gente así. Lo mejor es no hacerle caso y haz caso a Margaret, mañana será otro día —dijo Julie.

—Gracias, querida —dijo ella con timidez.

—Tienes razón, Julie. No sé por qué me dejé llevar, parece mentira con los sesenta años que tengo... y aún me pongo así —dijo con una media sonrisa.

Antes de levantarse el abogado miró de nuevo a la mesa vacía, como si no pudiera dar crédito a lo sucedido. Entonces Julie observó cómo una lágrima corrió por la mejilla del entrañable abogado, lo que causó que a la joven se le encogiera el corazón. Resultaba de una tristeza inmensa verle derrotado, como si ya no fuera posible recuperarse nunca más. Margaret cerró los ojos y lo abrazó en silencio.

Afuera, la música clásica del cuarteto seguía sonando amenizando la fiesta.

Capítulo 4

Andrew esperaba afuera de la mansión Campbell, dentro de la furgoneta. Ya era noche cerrada y se oía el canturreo habitual de los grillos entre los arbustos. De la casa brotaba una fina melodía que disgustó al surfero, pues él siempre era aficionado a oír una música más de *heavy metal* que otra cosa. Sonrió al imaginar que Julie se encontraba dentro, a solo unos escasos metros de dónde él se encontraba. Se dio cuenta de que ardía en deseos de verla, de oír su voz, de aspirar el irresistible olor de su cuello y sentir el suave tacto de su hermosa piel.

Ansioso, se apeó del coche. Sin nada mejor que hacer comprobó si Julie le había enviado un nuevo mensaje, pero no fue así. Decidió entonces que era un buen momento para llamar a su padre, ya que hacía días que no sabía nada de él. Temía que su actitud beligerante causara algún tipo de daño a Julie, por eso debía de vigilarle muy de cerca. Llamó un par de veces a su número, pero no contestó.

—¿Dónde estará? —se preguntó, irritado.

Julie salió por la puerta de servicio de la mansión y al ver cómo se aproximaba al coche, el corazón comenzó a latir más deprisa. Sin embargo, algo andaba mal. La cara de Julie no reflejaba ningún entusiasmo, más bien al contrario, mostraba cierto pesar. Por un momento se le ocurrió pensar que se había cruzado con su padre, aunque enseguida lo descartó. Además, trabajar en la mansión Campbell era seguro para ella.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Andrew caminando hacia su encuentro.

Julie liberó una media sonrisa y Andrew pensó que, a pesar de su amargura, nunca la había visto tan atractiva. Su esbelta figura, esa forma de caminar con el bolso colgando de la mano, cuánta elegancia y belleza... Y, curiosamente, cuánta sencillez y autenticidad como persona.

—He visto a un amigo de mi padre..., al pobre le han insultado en público jugando al póker. Me dio mucha pena, Andrew... —dijo Julie.

Andrew la tomó de los brazos y examinó su cara, como si evaluara qué era lo que más necesitaba en ese momento. Lentamente la levantó con la palma de la mano en su barbilla, en un gesto lleno de ternura. Ambos se miraron, y después terminaron en un cálido abrazo bajo la noche estrellada de Sunville.

—Gracias, necesitaba un abrazo... Ha sido un momento horrible ver al hombre soltando unas lágrimas. Se veía tan desprotegido... Me parece tan buena persona...

—dijo Julie con un hilo de voz.

—Siento que hayas tenido que presenciarlo —dijo sin despegar de ella, procurando consolarla—. ¿Necesitas algo, una aspirina, un masaje, una botella de tequila, una raya de cocaína...?

Julie sonrió al oír sus disparatadas sugerencias. Andrew sabía que una pizca de humor siempre es un remedio infalible. El joven surfero acompañó a Julie hasta el lado del copiloto y le abrió la puerta, en un gesto caballeroso que no pasó desapercibido para

Julie.

—¿Qué planes tienes pasado mañana? —preguntó Andrew una vez sentado frente al volante.

—Mañana voy a la casa de los Azzopardi. Me han dado la llave de esa cabaña extraña. Me dijeron que mi padre pasaba muchas horas ahí tocando la guitarra...

—¿Tu padre tocaba la guitarra?

—Eso parece, no tenía ni idea, ¿te lo puedes creer? Mi padre era una caja de sorpresas, al contrario que yo, que soy más bien predecible.

—Tú no eres predecible, Julie. ¿O es que hay atracar bancos para ser un prodigio de espontaneidad?

—Hombre, pues no...

—Gracias por darme la razón —interrumpió Andrew—. Yo creo que eres alguien especial.

La joven sonrió y él sabía que poco a poco iba recobrando ese camino que había perdido cuando ella descubrió las fotografías en su casa. No deseaba forzar la situación, pues todo había sido algo precipitado. Lejos de ser un inicio corriente, su relación (o aquello que tuviesen entre los dos), se podía decir que empezó del revés.

—He decidido hacer una cosa, Julie.

—¿Ah, sí? ¿El qué? —preguntó ella, expectante.

—He decidido que voy a entregar los diamantes, si los encuentro, a las autoridades. Mi padre tendrá que aguantarse. Lo que hicieron nuestros padres no está bien, y yo no quiero ser como él, y tengo la corazonada de que tú tampoco.

—Eso es cierto, esa faceta de atracador es la que menos me gusta de mi padre. Además, es la que me ha metido en este embrollo. Nunca saldría con un ladrón —dijo Julie.

—¿Dónde crees que pueden estar los diamantes? Es como si tu padre lo hubiera enterrado en mitad del desierto para que nadie jamás supiera dónde se encuentran.

—No tengo ni idea. Yo creo que mi padre los destruyó.

—¿Eso crees?

—Solo le trajo desgracias. Pasar once años en la cárcel es mucho tiempo, teniendo en cuenta que solo se vive una vez. La de cosas que me perdería si estuviera en prisión...

Casi sin darse cuenta, llegaron a la casa de Laura. Había una luz encendida en el recibidor.

—Mañana pasaré a recogerte, te llevaré a casa de los Azzopardi.

—Esta bien, como quieras.

—Por cierto, y hablando de todo un poco, ¿sabes que estás muy sexy con ese uniforme? —preguntó Andrew con una sonrisa perversa, arrojándose a ella. Deseaba hacerle el amor allí mismo, una y otra vez atravesando la noche. Cuánto la necesitaba... Tuvo que controlarse para no meterle la mano por debajo de la falda y palpar su cálido sexo. Julie era su impulso vital y si no se entregaba a ella, el mundo no merecía la pena.

Ambos se besaron con ímpetu, como si fuese el reencuentro después de una eternidad sin verse. Andrew clavó la mirada en sus ojos y pensó si desvelarle algo más de su pasado, pero enseguida se acobardó por si acaso ella le rechazaba.

La puerta de casa se abrió de repente, y Laura se asomó agitando la mano en modo efusivo saludo.

—Mierda, lo dejamos para otro momento, Andrew. No quiero que los vecinos llamen la atención a Laura porque no nos podemos controlar... —dijo Julie abriendo la puerta y bajando la puerta.

—Me vas a dejar así... —dijo Andrew con la respiración entrecortada, con un brazo apoyado en el asiento del copiloto.

La joven se acercó y le dio un tierno beso en la mejilla.

—¡Lo siento! —exclamó sonriendo mientras se alejaba hacia la entrada—. ¡Mañana nos vemos!

Preocupado por su padre, Andrew se dirigió a una zona de Sunville que se alejaba del foco del turismo. En las ciudades corrientes se les llamaba “los bajos fondos”; lugares donde se podía trapichear, emborracharse o conseguir sexo fácil. Aparcó en una explanada y caminó hacia un bar de aspecto lamentable. A su espalda quedaba al mar y las luces del centro. Entre la penumbra, un hombre mayor y una prostituta conversaban a medio metro de distancia el uno del otro.

De repente, se oyó un alboroto dentro del bar y cuatro hombres corpulentos sacaron a rastras a otro, y lo dejaron en el suelo. Uno de ellos propinó una fuerte patada en el estómago al hombre caído.

—¡Papá! —exclamó con un nudo en el estómago.

Andrew salió corriendo al reconocer a su padre. Aunque se consideraba una persona con temple de acero, la imagen de su padre, desmadejado, en ruinas, le causó un aguijonazo de dolor.

Se arrodilló junto a él: de los labios de su padre brotaba un hilo de sangre, y uno de sus pómulos estaba morado. Como era habitual, un fuerte olor a ginebra le rodeaba. Le costaba levantar los párpados.

Andrew le abofeteó con cuidado para que despertase. Debía llevárselo de allí, al hostel donde se hospedaba. Al tercer o cuarto golpe, Big Joe se despertó pero su mirada estaba ida. Su hijo lo incorporó con suma calma para evitar un repentino mareo que dificultara su recuperación.

—Venga, vámonos de aquí, papá —dijo Andrew. No había necesidad de preguntarle lo sucedido; era sencillo de imaginar. La misma canción de siempre: el maldito alcohol.

—¿Eres tú... George? —preguntó su padre sin vocalizar bien.

El joven lanzó un largo suspiro.

—No, soy Andrew.

—¿Andrew?

—Sí, tu hijo menor. George murió en la guerra de Irak... —dijo mientras le ayudaba a levantarse del todo, no sin dificultad debido a la envergadura del hombre.

—Ah, sí, perdona, hijo —dijo cerrando los ojos por un instante, dejándose ayudar; colocando un torpe brazo sobre los hombros de Andrew.

Ambos fueron caminando poco a poco hacia el coche de Andrew.

—No sé que ha pasado ahí dentro, unos idiotas...

—Ha pasado lo de siempre, papá, lo de siempre, no intentes engañarme... Ya estoy cansado de todo esto. No puedo ir siempre detrás de ti, cuidándote como si fueras un niño pequeño.

Se formó un denso silencio mientras Andrew sentaba a su padre en la camioneta y él se colocaba frente al volante.

—Nadie te lo ha pedido —dijo frunciendo el ceño.

—¿Por qué no vuelves a casa, con Susan? Está a punto de tener un hijo, tu nieto. Seguro que le vendrá bien tu ayuda, así que no te lo pienses y regresa con ella.

—No, no quiero, aún no he acabado aquí....

—Te denunciaré a la policía, si es preciso. No me pongas a prueba, papá.

Su padre le miró con fijeza a través de la niebla del alcohol depositada en sus ojos. Arrancó el motor y abandonó la cochambrosa entrada al barrio rojo.

—¿Le harías eso a tu padre?

—No me pongas a prueba, ya te lo he dicho. No quiero que Julie salga lastimada,

bastante les has hecho ella con ese susto que le diste en la carretera. Es una buena chica, quiero que la dejes en paz —dijo mirando a su padre de refilón, sin perder la concentración al volante.

—Esos diamantes me pertenecen, porque yo fui quien cometió uno de los robos del siglo, entiendes, fui yo, y me lo merezco. ¿Sabes la cantidad de cosas que se pueden hacer con el dinero que sacaríamos?

—No es nuestro, papá. Es de un banco suizo, ellos son los verdaderos dueños.

—¿Y ahora por qué has cambiado de opinión? ¿Es por esa chica, verdad? —preguntó echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos.

—No, solo te seguí la corriente, sabía que te meterías en líos, como siempre. Vine contigo para cuidarte, pero nada más, se acabó, quiero empezar con mi vida, quiero sentar la cabeza en un lugar, estoy cansando, tienes que entenderme, papá. Por lo que más quieras, vuelve a casa de una vez.

Su padre suspiró apoyando la cabeza en la ventanilla. El alcohol aún le golpeaba la cabeza.

—Está bien, hijo, me has convencido —dijo con lentitud, esforzándose en vocalizar—. Estoy muy orgulloso de ti... Eres mucho mejor que tu padre...

Aquellas palabras emocionaron al joven. Era la primera vez en su vida que le abría su corazón y le enseñaba de qué estaba hecho.

—Llamaré a Susan y le diré que vamos a casa. Después, más tarde, en el otoño iré a casa a visitarte, después de que termine el último campeonato de surf. Está decidido, y no quiero oírte ni una palabra en contra, ¿me has entendido?

—Sí, señor —dijo su padre imitando el saludo militar—. Dime, hijo, ¿sabe esa chica lo de tu pasado? ¿eh? ¿Se lo has dicho?

La pregunta de su padre le dio qué pensar. Su pasado era imborrable y su error le acompañaría el resto de su vida, por lo que debía asumirlo como un hombre y confesarlo a Julie.

—No, aún no se lo he dicho, estoy esperando el momento adecuado —dijo apretando los puños sobre el volante, sufriendo ante la idea de que lo alejara de su vida para siempre.

Capítulo 5

Era una mañana tranquila en La espuma. Parecía como si los clientes hubieran decidido acudir en pequeñas oleadas atraídos por el café y las tostadas. Laura había decidido modificar el tablón que anunciaba la cafetería al pie de la calle. En lugar de un anuncio mustio con solo el nombre y el precio de un desayuno, decidió cambiarlo por algo más colorido, apoyándose en la vistosidad de las tizas, y con el dibujo de una taza de café surfeando una ola.

—¿Qué te parece, venderemos más? —preguntó Laura mirando el tablón.

Julie asintió con la cabeza dando su aprobación. La imagen de la cafetería parecía más desenfadada, y eso le pareció que podía gustar a la gente y a los turistas de Sunville.

—Eso espero, así me subes el sueldo —dijo Julie sonriendo.

Laura, divertida, le atizó el trasero cariñosamente con un trapo. Ambas entraron en la cafetería de buen humor, dispuestas a seguir con la jornada.

—Entonces, ¿va a venir tu amiga Sarah a dejarte las cosas que dejaste en el piso de Tom? —preguntó Laura.

—Bueno, al menos el resto de mi ropa de verano y algunas sábanas que me vendrían bien —dijo Julie mientras miraba su reloj de pulsera—. ¿Seguro que no te molestó en tu casa? Si quieres echarme a patadas, lo entenderé.

—No seas tonta, si estoy encantada. Además, Cassandra no estará todo el verano, así que hay espacio de sobra para las dos —dijo su jefa sonriendo—. Además, tengo un trastero enorme donde puedes dejar las maletas.

—Genial, no sabes cuánto te lo agradezco. Pues le dije a Sarah que viniera a buscarme a la salida de mi turno, supongo que estará al llegar —dijo mirando hacia la entrada para después girarse hacia su jefa.

—Pues mira quién ha venido —dijo Laura con la vista puesta en la entrada.

Julie se giró y agrandó los ojos por la sorpresa cuando en lugar de ver a su amiga de la ciudad, apareció Tom. Con el pelo recién cortado, con esas facciones duras y ese andar seguro de sí mismo. El uniforme de policía lo había dejado en casa. Vestía de paisano con una camisa de cuadros azules arremangada justo antes del codo y un pantalón corto de lino. Era un hombre que derretía cubitos de hielo con su mirada felina.

—Tom, ¿qué haces aquí? —dijo Julie titubeante saliendo al encuentro de su exnovio—. Esperaba ver a Sarah.

Julie y Tom se saludaron con un beso en la mejilla. Julie se teletransportó al pasado en cuanto fue envuelta por el perfume de Giorgio Armani, el favorito de Tom. Esa fragancia de Emporio llena de frescor y dulzura con unas gotitas de limón... Arrebatador.

—Sarah fue a casa a por tus cosas. Le convencí para que me dejara hacerlo en mi día libre, y que no te dijera nada. Bueno, más bien se lo rogué. Me puso muchos peros pero al final me salí con la mía —dijo con una sonrisa de pícaro.

—Hola, Tom —dijo Laura viniendo de improviso—. Gracias otra vez por ayudar con lo de Cassandra.

—¿Cómo está? —preguntó él.

—Muy bien, gracias. Ahora está con su padre pasando el verano. Todos nos llevamos un buen susto —dijo mientras miraba a Julie—. ¿Quieres tomar algo?

—Gracias, pero no quiero entorpecer vuestro trabajo. Esperaré afuera hasta que el turno de Julie termine —dijo señalando el paseo marítimo.

—Pues aún me queda una hora por lo menos —dijo Julie, examinando en su interior a toda prisa las emociones que Tom le estaba haciendo sentir en ese preciso momento. Lo odiaba, sí, porque el daño había sido inmenso, aunque echaba de menos los buenos momentos. Habían sido cuatro años de relación, con idas y venidas, por supuesto; pero esta vez parecía la definitiva. Pero Julie no deseaba pensar en todo eso en aquel momento. Debía mostrarse entera, y demostrarle que superaría la ruptura sin dificultad. Le gustaba que esperase por ella a que terminara el turno.

—No, señorita, tu turno ya ha terminado. Eres libre como un pájaro —dijo Laura medio empujándola hacia la puerta.

—Pero... —dijo Julie sin saber qué decir, si matarla o darle las gracias.

—Ni peros ni nada. Venga a descansar, ya lo compensarás otro día, y sí, soy una jefa estupenda, ya que lo mencionas —dijo Laura guiñando un ojo.

Así pues, Tom y Julie tomaron el paseo marítimo y fueron caminando sin prisa, disfrutando del momento. Sin que él se diese cuenta, le miró por un momento como si su infidelidad hubiera ocurrido mil años atrás.

Los restaurantes estaban concurridos con turistas ansiosos por saciar su apetito, niños correteaban con helados en las manos perseguidos por su padres, perros de varias razas husmeaban en los troncos de los árboles...

—¿Sabes que me he acordado mientras venía para acá? —dijo Tom con las manos en los bolsillos y mirada nostálgica.

—¿Que habías olvidado mi ropa?

—No, tonta, de esto —dijo sacando una fotografía del bolsillo delantero de su camisa y mostrándosela a Julie—. Lo he encontrado en una de las cajas.

La joven esbozó una tierna sonrisa. Era una imagen que le agradaba especialmente. Sobre un fondo nevado, Tom y Julie posaban para la cámara mostrando una sonrisa maravillosa. Él estaba guapísimo enfundado en un abrigo azul tipo marinero, de botones cruzados. Debajo se apreciaba el cuello de una camisa oscura de lana haciendo juego con el gorro. Ambos estaban abrazados el uno al otro, sentados en una terraza, divertidos por la inmensidad blanca que los rodeaba.

Julie llevaba un abrigo morado con una bufanda blanca, y encima de ella su nariz lucía con tonos rojizos por el frío, seguramente. La melena estaba un poco revuelta, con algo de nieve también en los hombros, con una pizca de colorete en las mejillas y las pestañas bien rizadas. Ella se acordaba a la perfección de aquel día de patinaje en el Wollman Rink Central Park (que aparece en la película Serendipity). Fue un día redondo, ambos llenos de felicidad. ¿Cómo olvidar ese momento?

Julie recordó que esa noche conoció a los padres de Tom en su casa de Queens. Desde luego, Ingrid y Claude eran fabulosos, siempre atentos, siempre dispuestos a agradar a Julie con cualquier nimio detalle. Era época de Navidad y todo se vuelve más emotivo, y más en Nueva York. La ciudad resplandece de una forma única, aunque eso sí, el frío es matador. Conocer a sus padres fue la confirmación de que las cosas avanzaban, paso a paso, pero como debían ser. Entonces Julie pensaba que no había hombre más perfecto que Tom y que su amor era indestructible. Ahora, todo eso le parecía de una graciosa ingenuidad.

Después de lanzar un hondo suspiro, le devolvió la foto a Tom.

Llegaron hasta el coche y se subieron con destino a la casa de Laura. Julie comprobó

con la mirada que las pertenencias estaban en el asiento trasero (una maleta Samsonite y una bolsa de Macy's). Con más tiempo, las examinaría por si acaso Tom se había dejado algo.

—¿Cómo están tus padres? —dijo ella para borrar la melancolía que llevaba dentro por culpa de esa foto.

—Ayer comí con ellos, te envían recuerdos.

Julie se detuvo de pleno al percatarse de que algo no encajaba. ¿Sus padres le enviaban recuerdos?

—¿Les has dicho que hemos roto? —preguntó Julie.

Tom movió la cabeza, como si quisiera postergar la respuesta. Una mujer que practicaba *running* le lanzó una mirada descarada.

—Bueno, técnicamente no.

—¡Tom! —exclamó ella frunciendo el ceño.

—No es sencillo, Julie. Les va a doler, realmente te querían mucho.

—Y yo a ellos, créeme. Quizá les llame para decirles... hasta luego... —dijo Julie arrepintiéndose de sus palabras, pues se podrían interpretar de varias maneras.

Al cabo de unos diez minutos, después de seguir las indicaciones de Julie, llegaron a la casa. Laura le había dado un juego de llaves, así que podrían dejar las cosas en el trastero sin mayor inconveniente.

Antes de que se bajaran del coche, Tom se detuvo y tomó de las manos a la joven. Al sentir el contacto de su piel, el cuerpo de Julie se estremeció. Si nada malo hubiera pasado entre ambos, era el momento para hacerse otra foto como la del Central Park, solo que esta vez en la playa, abrazados.

—Escucha, Julie. Perdóname por lo que te he hecho sufrir. Fui un idiota —dijo mirándola desprendiendo un brillo de melancolía.

Julie bajó la mirada, aunque no sabía muy bien la razón, se sentía avergonzada por lo que aún le hacía sentir, o porque la herida aún estaba abierta, quizá un poco de todo. Se sentía lejos y cerca de él; no encontraba forma de explicárselo a sí misma.

—La verdad es que fue una enorme decepción. Lo echaste todo por la borda, nuestros planes, nuestros sueños... —dijo sin apartar la vista, aunque se detuvo de repente, pues no deseaba ahondar más, hacerle daño a Tom no era el remedio para la cura.

—Lo sé, no estuve a la altura. ¿Crees que podrás perdonarme algún día? —dijo Tom, aún sujetando las manos de ella, como aferrado desesperadamente a un barco que está a punto de zarpar.

—No, Tom, perdí mi confianza en ti. Además he conocido a otra persona en Sunville.

El policía se movió hacia atrás y chasqueó la lengua, fastidiado.

—Ese surfero, ¿verdad? Con el que estabas en la estación de autobuses, ¿cómo se llama?

Julie guardó silencio. Deseaba estar sola, más que nunca, pero no deseaba marcharse sin aclarar las cosas.

—Andrew Morton —dijo Julie.

—¿Es que ya no sientes nada por mí? ¿Lo vas a tirar todo por la borda por un estúpido error? ¡Uno solo!

Tom se acercó a ella, a un milímetro, percibiendo su cálido aliento.

—Eres la mujer de mi vida —musitó al oído.

Se miraron nuevamente y antes de que ella pudiera reaccionar, Tom la besó en los labios. Julie movió los brazos deseando apartarse, pero algo se lo impidió, una fuerza abrumadora la arrastraba sin remedio. Era sin duda, el tsunami del pasado que se resistía a morir.

El beso de Tom era tan bueno como siempre, seductor, con ese sabor viril, eléctrico y lleno de potencia. Julie cerró los ojos para concentrarse en ese precioso instante. Era como si el sabor de Tom se fuese filtrando hasta todos los rincones de su cuerpo.

—Amor mío... —dijo Tom, recobrando el aliento.

Julie se quedó mirándole por un segundo mientras asimilaba el beso y el efecto que había causado en ella. Para su sorpresa, no había sentido nada especial, nada de mariposas en el estómago, o esa radiante sensación de plenitud. Tom seguía siendo un hombre de portada, pero ya solo era eso, un hombre previsible, sin ese riesgo que alimente su vida.

—Tom, ya no siento nada por ti. Lo acabo de comprobar, lo nuestro se acabó —dijo Julie mirándole a los ojos.

—Julie, vuelve conmigo a casa, a nuestro hogar. Lo verás todo de otra forma. Te lo prometo —rogó Tom.

La joven se movió hacia atrás mientras negaba con la cabeza.

—Estoy bien en Sunville, Tom. Te deseo buena suerte, y gracias por traerme las cosas, has sido muy amable —dijo ella.

Tom clavó su mirada en ella.

—Julie, esta es tu última oportunidad, si no vienes conmigo, me iré para siempre.

Sin decir nada más, Julie se bajó del coche y abrió la puerta de atrás para coger la maleta y la bolsa.

—Adiós, Tom —dijo Julie cerrando la puerta y encaminándose hacia la casa.

Capítulo 6

Al día siguiente, Julie se encontraba en la cafetería. En una hora vendría Andrew a recogerla para dirigirse a la casa de los Azzopardi, a visitar esa especie de guarida secreta donde su padre tocaba la guitarra. Mientras tanto, Julie se veía reflejada en el espejo del cuarto de baño mientras reflexionaba el rumbo que había tomado la relación con Andrew.

Suspiró porque sabía que eso era algo muy propio de las chicas, el analizar con desesperación las cosas, juzgarse si estaba bien o estaba mal, la incertidumbre... ¿Confiaba en Andrew? Sí pero no. No pero sí. Estaba hecha un lío y ya no sabía qué pensar. Se sentía satisfecha consigo misma porque era capaz de provocar en un hombre esa especie de anhelado arrebató. El brillo que había visto latir en sus ojos le hacían sentir viva, especial, única... A veces le daba la sensación de que sería capaz de matar por estar a su lado, y eso le parecía romántico y morboso al mismo tiempo.

Le gustaba ese lado inquietante de Andrew, imprevisible, pero temía que de tanto jugar con el fuego, acabaría quemándose. Desde luego el comportamiento de ella no estaba siendo excesivamente normal, según los dictámenes de la sociedad. Andrew le había mentido, y su propio padre había intentado meterla en un coche contra su voluntad, y a pesar de ello, Julie suspiraba por estar al lado de él. Quizá ella estaba destinada a siempre andar en la cuerda floja, poniéndose a prueba con los hombres, y deseando que la decepcionaran, tal y como hizo su padre.

«¿Me estaré volviendo loca o es que siento atracción por el lado oscuro?», se preguntó mirándose fijamente en el espejo.

Entonces se acordó de Tom e inmediatamente se sintió vulnerable e infeliz. «¿Por qué tuvo que hacerme eso? ¿Por qué no le puedo perdonar y continuar con una vida estable?». Julie sabía que los hombres la consideraban atractiva, por su cuerpo bien formado, sus pechos turgentes y un vaivén sexy de las caderas. Pero en ese momento todo le era indiferente, es más, estaba a punto de jurar ante un notario que ya no deseaba gustar a nadie más. Que solo deseaba continuar con su vida y encontrar eso que llaman “mi sitio en el mundo”.

Julie soltó un respingo cuando Laura irrumpió en el cuarto de baño.

—A ver, cuéntame, ¿qué es lo que te come la cabeza? —preguntó con los brazos en jarras—. Llevas veinte minutos en el baño y eso solo significa o que te ha venido la regla, problemas estomacales o problemas sentimentales. Y me da la impresión de que es lo segundo. Hija, tienes un cara de permanente sufridora...

—Es que estoy hecha un lío... —dijo ella con un hilo de voz.

—Si tu problema es Tom y tienes miedo de que te ponga los cuernos otra vez, mándalo al diablo. No te trae más que disgustos. Y si tu problema es una surfero de ojos azules y rubio como el sol, también dile que se vaya con la música a otra parte. Mándalos los dos a tomar por culo.

Julie sonrió. Era la primera vez que oía a su amiga soltar una grosería. Laura captó la sorpresa.

—¡Sí, ya sé que no suelo ser tan mal hablada! Lo que pasa es que me enerva que los hombres siempre nos hagan sentir mal —dijo mientras levantaba los brazos al cielo—. Nos conocemos hace poco, Julie, pero me considero tu amiga. No permitas que los hombres hagan contigo lo que quieran. Hazte valer.

—Creo que estoy enamorada de Andrew —musitó Julie.

—Lo que estás es enganchada, así que date un respiro. Tienes que estar con absoluta seguridad de que confías en él, porque a la larga te hará daño. Dime, confías en él, ¿o no?

Julie suspiró. Laura había puesto el dedo en la llaga.

—Aha. ¿Lo ves? —dijo su jefa apuntándola con el dedo.

—Aún no sé si está conmigo por el interés de los diamantes, o porque de verdad no puede vivir sin mí. ¡Estoy hecha un lío! ¿Por qué todo tiene que ser tan complicado, Laura?

—¡Ojalá lo supiera! Dejaría la cafetería, montaría una consulta y me haría millonaria.

A Julie esa pequeña charla con Laura le reconfortó. Estaba claro que sus palabras tenían mucho de experiencia y sabiduría, pero cómo cuesta aplicar el razonamiento cuando los sentimientos florecen cuando menos te lo esperas.

Después recoger a Julie en la cafetería, Andrew y ella fueron caminando por el paseo marítimo. Como tantos otros días de aquel verano, se respiraba un ambiente apacible y turístico. A pesar del viento, algunos aventureros se lanzaban al mar a divertirse con las olas. Más allá del malecón, se observaba un grupito de surfers pasándose el tiempo en grande.

—Hoy te vas a perder un buen día de olas —dijo Julie.

—Prefiero estar contigo que cabalgar la gran ola que todos los surfistas perseguimos —dijo rodeándola por los hombros.

Al igual que siempre, cada mínimo contacto en su piel, provocaba en ella una descarga eléctrica. Se esforzó por ignorar esa trepidante emoción y concentrarse en lo que deseaba decirle. No había forma sencilla de hacerlo, así que decidió soltarlo sin más.

—Creo que vamos muy deprisa, Andrew. Todo esto ha sido como un torbellino. A veces estoy enfadada contigo, otras no, a veces confío en ti, otras veces no.

Andrew clavó en ella sus bellos ojos azules.

—¿Qué puedo hacer para qué confíes en mí, Julie?

—No lo sé. No es algo que se hace, sino es que algo que se gana con el tiempo, Andrew —dijo Julie mirándole—. ¿Por qué no somos amigos? Podíamos empezar de cero y ver lo que ocurre.

—Yo no quiero ser tu amigo, Julie. Ya tengo amigos. Escucha, sé que no hemos empezado como una pareja normal, pero quizá ese era el destino. Yo no sabía que nada de esto ocurriría. Además, gracias a ti, me he dado cuenta de que ya no quiero seguir cubriendo a mi padre, que hay personas que pueden sufrir y que no es justo. Necesito vivir mi vida de una vez, dejar atrás mi pasado.

A la joven aquella confesión le pareció rebotante de ternura. Un hijo preocupado por su padre hasta tal punto que lo sigue y le hace creer que sigue su juego. Se mordió el labio, pues le costaba un mundo usar su cerebro en vez de su corazón.

—¿Cuál es la prisa? —preguntó ella.

—¡Cuando acabe el verano volverás Nueva York!

Ese era un buen argumento, reconoció Julie. De pronto, Andrew se puso frente a ella y la tomó por los brazos.

—Mírame a los ojos y...

—Oh, no. No me vengas con esa técnica, Andrew —dijo ella con un mohín de disgusto.

—Solo mírame durante un minuto sin decir nada. Es lo único que te pido —rogó Andrew.

De mala gana, Julie accedió a su petición y alzó la vista hasta engancharse con su preciosa mirada azulada. Cuando lo hizo, se quedó sin aliento y enseguida tuvo el impulso de abrir la boca y decir algo, cualquier tontería que se le pasase por la cabeza, sin embargo, Andrew la frenó con un gesto tierno en los labios. Julie se fijó en que el azul de sus ojos estaba formado de piedras preciosas del mismo color, como diminutos diamantes que refulgían como el sol al mediodía. Se oyeron los graznidos de las gaviotas y Julie se apartó el pelo de la cara a causa de la brisa. Durante esos largos sesenta segundos fue un efecto mágico y maravilloso, pues se sentía envuelta en una fuerza que le empujaba hacia él de forma irremediable.

Antes de que terminase el minuto solicitado, Julie, incapaz de aguantar más tiempo, le agarró de la camiseta y tiró de él para que estuviera a su altura. Una vez que sus bocas se encontraron a la misma altura, Julie sonrió.

—Maldito idiota —susurró.

Fue un beso prolongado, con ambos abrazándose mutuamente, sintiendo el palpitar del otro, fundiéndose en uno. Julie se entregó con libertad pero con remordimiento. Andrew le hacía perder la cabeza, la volvía loca hasta el punto de que solo existía él en la Tierra y nadie más. A la mierda toda la desconfianza.

El resto del camino lo hicieron tomados de la mano. Cuando llegaron a la casa de los Azzopardi, ya estaba atardeciendo. El sol se ocultaba entre las montañas bañando el cielo de tonos anaranjados.

—No hay nadie en casa —dijo la chica de la limpieza al abrir la puerta.

—Los Azzopardi me dieron esta llave por si deseaba ir a la cabaña a pasar un rato. Mi padre fue amigo de la familia —dijo Julie enseñando la llave.

—Sí, lo sé. Pase, por favor. Yo estaré dentro de la casa por si necesita algo —dijo la mujer con una sonrisa.

Al cruzar el jardín, Julie sintió cómo por sus venas corría una inquietante ansiedad. El hecho de visitar dónde su padre había pasado tanto tiempo le llenaba de alegría y tristeza al mismo tiempo. Algo dentro de ella le decía que ese lugar sería una especie de despedida. No podía seguir con la herida abierta toda la vida.

Julie y Andrew subieron por la escalera de caracol hasta encontrarse con una puerta de madera con el marco redondeado.

—Es como la cabaña que todos queríamos tener cuando éramos pequeños —dijo Andrew mirando la pequeña y coqueta construcción.

—Es verdad —dijo Julie mientras evocaba fugazmente su infancia.

Al entrar, lo primero que percibió Julie fue un intenso olor a incienso. Delante de ellos un enorme ventanal dejaba ver un bonito panorama de la playa. No costaba comprender el atractivo del refugio. Era un lugar que desprendía una intimidad reconfortante.

—No me importaría ser dueño de algo así para venir siempre que quisiera... —dijo Andrew mirando a su alrededor.

Delante del ventanal había un amplio surtido de cojines de diferentes tamaños y colores, que servían para apoyar la espalda y deleitarse con las vistas.

—No falta de nada —dijo Julie, encantada.

En un rincón descansaba un tocadiscos antiguo sobre un mueble en cuyas estanterías se guardaban infinidad de discos de vinilo. Julie pensó que era curioso encontrar un sitio que se resistía al paso del tiempo. En un mundo lleno de ruidos y vibraciones, dejarse invadir por la paz, la tranquilidad y la meditación resultaba gratificante.

Al ver la guitarra, Julie se emocionó y evocó la foto en la que se observaba a su padre tocar con desbordante alegría el instrumento. Pensó que le hubiera gustado estar allí con él y alucinar al verlo tocar.

—¿En qué piensas? —preguntó Andrew rodeándola por la cintura.

Julie sonrió al salir de su ensimismamiento.

—En que me hubiera gustado estar con más tiempo con él. Estoy convencida de que aún me quedan muchas cosas por descubrir de él, y ya no lo podré saber. Es una pena

—dijo ella mirando por la ventana.

—Lo siento —musitó Andrew.

—Al menos no estaré toda la vida preguntándome si está vivo o no.

—Creo que eres muy valiente al enfrentarte a todos estos recuerdos. Otros quizá no hubieran querido saber nada. Simplemente hubieran vendido los terrenos y poco más. Tú te has quedado para empaparte del recuerdo de tu padre. Eso te hace para mí especial, Julie —dijo Andrew.

La joven se acercó hasta la guitarra y se la colocó entre sus brazos con un sentimiento de impotencia, pues no sabía cómo tocar. Pasó los dedos sobre las cuerdas tocando un par de notas al azar. Le gustaba el tacto suave de la madera, barnizada y reluciente.

De repente, sintió cómo bajos sus pies se movió una baldosa del suelo de pizarra. Apartó el pie y miró a Andrew.

—Es extraño. Está desencajada —dijo él agachándose.

Julie dejó la guitarra en el suelo y se agachó junto al surfero. Con los nudillos golpeó la baldosa. Toc, toc, toc... Sonaba hueco. Julie tragó saliva y levantó la baldosa para descubrir un pequeño compartimento de madera.

¡Dentro había una bolsa de terciopelo negro cerrada con un elegante cordel!

El corazón de Julie empezó a latir con fuerza. Ambos intercambiaron una mirada de asombro.

—¿Tú crees...? —preguntó ella.

—¿Te imaginas si...? —preguntó él.

Julie tomó aire y se hizo con la bolsa. Sin pensarlo demasiado, deshizo el nudo para volcar el contenido sobre la palma de la mano. Cayeron cinco piedrecitas muy brillantes.

—¡No puede ser!

—¡Han estado aquí todo el tiempo! ¡Increíble!

La joven palpó los diamantes con cuidado. Era la primera vez en su vida que tocaba unas joyas tan valiosas.

—Mi padre debió pensar que este era un escondite seguro —dijo Julie.

Andrew tomó uno de los diamantes y lo examinó. A pesar de que la luz del día agonizaba, se maravilló con la estructura cristalina del mineral.

—Es la gema más popular del mundo, y está aquí en la palma de mi mano, pulida, brillante... —dijo Andrew, exultante—. Su valor es incalculable. Seguramente la empresa de seguros te daría por ellos una buena cantidad.

—Los voy a devolver, Andrew. No son míos —dijo ella con gesto serio.

Capítulo 7

Cuando empezaba a oscurecer, justo en ese instante el teléfono móvil de Julie vibró en su bolso. Extrañada, sacó el dispositivo y miró el nombre en la pantalla. Se trataba de Tom. Lanzó un suspiro mientras se decidía qué hacer; no le apetecía en ese momento hablar con él.

—Cógelo, a ver si es importante —dijo Andrew.

La joven se apartó un par de metros y descolgó la llamada con resignación.

—Dime, Tom —dijo con un tono lúgubre.

—Julie, ¿dónde estás? —preguntó Tom con tono apremiante.

—Mira, Tom, ahora no me apetece hablar —dijo, cortante.

—Dime dónde estás ahora —insistió.

El tono le pareció extrañamente urgente. Solo había usado ese tono en casos muy especiales, como cuando una fuerte tormenta sacudió Nueva York hacía dos años. Calles cortadas, sin electricidad; terrible...

—Estoy en casa de unos amigos, ¿por qué?

Pensó que sería una errónea idea informarle de que el surfero macizo se encontraba junto a él. Aunque le había dejado las cosas claras a Tom, a los hombres les gusta hacerse los despistados.

—¿Estás con ese tal Andrew?

Bingo. Tom parecía disponer de un radar, o quizá le estaba siguiendo. Esperaba que no, pues eso sería caer muy bajo, además no era propio de Tom, un policía que se supone está para proteger y servir.

—No es algo que te incumba, Tom

—Así que estás con él... —dijo con el mismo tono enérgico.

—Sí, pero a ti eso ni...

—Cállate y escucha —interrumpió Tom—. Ese Andrew Morton tiene antecedentes por robo a mano armada, y ha pasado por correccionales e incluso por la cárcel por asalto. No es trigo limpio. Vete ahora mismo, estés dónde estés. Es peligroso.

El corazón de Julie dio un salto mortal. Le costaba creer que fuera verdad lo que estaba diciendo Tom. Andrew... otra vez, engañada. Sintió que se mareaba.

—¿Me oyes, Julie? ¿Me oyes? ¡Responde, maldita sea! —exclamó Tom.

Pero Julie oía su voz alejada, en otra dimensión. No dejaba de mirar a Andrew, entre asustada y dolida. Sus manos empezaron a temblar.

—¡Ve a un sitio seguro, con gente! —exclamó Tom.

Sin decir nada más, Julie colgó. Todo su cuerpo era un flan y solo deseaba huir de allí lo antes posible sin que Andrew se apercebiera de su verdadero propósito.

—¿Estás bien, Julie? Tienes la cara pálida...

La joven se fue acercando paso a paso, titubeando, con las palabras ahogadas en la garganta. Pensaba que de un momento a otro Andrew le sacaría una navaja y la

amenazaría.

—Me tengo que ir —dijo con un hilo de voz.

La expresión del surfero era de absoluto desconcierto.

—¿Cómo? Pero ¿quién te ha llamado?

—Nadie, me tengo que ir —dijo mientras se tropezaba con uno de los cojines.

Andrew dio dos pasos hacia ella y la agarró de un abrazo con fuerza.

—Espera un momento... —dijo Andrew con el ceño fruncido.

Al sentir la mano, Julie entró en pánico. Temiendo ser atacada, soltó una patada justo en la entrepierna de Andrew, el cual se llevó las manos a la zona con un gesto de dolor y un aullido. La bolsita con los diamantes cayó al suelo, así que Julie antes de largarse a toda prisa tomó el botín. Más que por interés en el dinero de la recompensa, por no facilitarse las cosas a la persona que, una vez más, le había engañado.

Julie bajó las escaleras de caracol de dos en dos; el corazón le latía a mil por hora. Lo único en que pensaba es que necesitaba ayuda con urgencia. Llegó hasta la terraza pero la puerta estaba cerrada. A pesar de que aporreaba, nadie acudía a abrirla. Lanzó un grito de desesperación mientras veía a Andrew que franqueaba el umbral y se disponía a bajar por las escaleras, encorvado, con la mano aún en los testículos.

De repente, ¡apareció la chica de la limpieza! Julie golpeó con más insistencia la ventana, pero la chica no se inmutaba, seguía pasando la aspiradora, causando un ruido tremendo.

—¡Maldita sea! ¡Abre, estúpida! —exclamó Julie, desesperada a más no poder.

—¡Julie, espera! —exclamó Andrew mirando hacia ella.

La joven buscó una escapatoria a través de las ventanas más próximas, pero todas eran enrejadas. Nerviosa, miró hacia su alrededor hasta que se acordó de la entrada a la casa.

Andrew cada vez estaba más cerca.

A través de un césped iluminado por una pequeña farola, Julie salió corriendo hacia la entrada, con la respiración entrecortada y el miedo corriendo por sus venas. Sujetaba el bolso con tanta fuerza que los nudillos estaban blancos.

Miró hacia atrás, Andrew se aproximaba...

Al abrir la puerta de la calle, observó que se acercaba a lo lejos a quien no hubiera esperando ni en mil años. ¡William Bester! Una profunda sensación de alivio la invadió. Andrew no se atrevería con dos personas.

—¡Julie! —exclamó el abogado con cara de preocupación—. Me dijeron los Azzopardi que estabas en casa, en el refugio.

—¡Ayúdame, William! —exclamó corriendo hacia él—. Quiero devolver los diamantes, que no caigan en sus manos.

—¡Julie, espera! Él fue quien contactó a mi padre para que viniese a Sunville a buscar a tu padre. Pidió un porcentaje de dinero por toda la información. Recuerda que nos conocimos en aquel bar cerca de su despacho. Él fue quien nos dijo que tú vendrías a Sunville. ¡No es de fiar!

La joven frenó en el momento, quedándose a medio camino entre los dos. Su cerebro a duras penas procesaba la información.

—No sé de que está hablando ese tipo, Julie. Dámelos a mí, e iremos juntos a la comisaría. A mí tampoco me interesan los diamantes —dijo el Sr. Bester—. Recuerda que era amigo de tu padre. Además, ¿cómo iba a saber dónde se encontraba la persona que dice?

—¡Porque se lo dijo tu padre, Julie!

Julie tragó sin saliva. Estaba hecha un lío, pues no sabía a quién creer. ¿A Andrew o al Sr. Bester? En su cabeza esa pregunta le golpeaba como un martillo, dejándola paralizada.

«Quiero desaparecer de aquí, quiero desaparecer de aquí», se repetía una y otra vez,

mientras su respiración se agitaba. Las rodillas le temblaron, notó la boca reseca, por lo que en ese momento no le hubiese importado beberse una botella entera de tequila.

—Julie, no lo hagas, no les des los diamantes, cometerás el mayor error de tu vida —dijo Andrew aproximándose hacia ella.

—¡No sé qué hacer! ¡Callaos de una vez! —exclamó ella—. ¡Dejad de pronunciar mi nombre!

—Julie, por favor, ven conmigo, yo te protegeré —dijo el abogado—. Solo quiere confundirte.

—¡No le hagas caso! —exclamó Andrew.

Julie volvió a mirar a uno y a otro, mordiéndose el labio, atormentada por la indecisión. Ambas parecían decir la verdad y, al mismo tiempo, decir la mentira, por eso ya no estaba segura de nada. Cerró los ojos por un segundo y decidió que se guiaría por su sexto sentido... Eso causó que diera un dubitativo y pequeño paso hacia Andrew, aunque no las tenía todas consigo.

El Sr. Bester, al percatarse de que Julie se le escapaba, metió la mano a su espalda y, del pantalón, sacó una pistola. En el acto los ojos de Julie se abrieron de par en par, quedándose clavada en el césped.

—Dame los diamantes o dispararé, Julie —dijo el abogado frunciendo el ceño.

Fue como si una cortina se descorriese delante de ella para mostrar la verdadera cara de William Bester. Todo el aprecio que había sentido por él se esfumó en un segundo. La verdad salía a relucir; todo había sido puro teatro. Siempre había estado interesado en los diamantes, no en ella, y quizá su amistad con su padre también había sido interesada.

—No puedo creer que seas tú, William —se lamentó la joven.

—Los diamantes no son de tu padre ni tuyos, son de quien los coge. No hay más verdad que esa, y estoy dispuesto a hacer lo que sea con tal de que sean míos. Necesito el dinero. ¡Venga, date prisa, que no tengo todo el día!

Andrew se aprovechó de la distracción del abogado para agacharse lentamente y hacerse con una piedra que estaba en un macetero. Solo disponía de una oportunidad, así que procuró apuntar y lanzó la piedra hacia el Sr. Bester. El abogado continuaba apremiando a Julie a entregarle las joyas cuando recibió el impacto en el brazo. El dolor le abrió la mano y la pistola cayó al suelo.

—¡Corre, Julie! —exclamó Andrew.

Al tiempo que el abogado maldecía y se agachaba para recoger el arma, Julie comenzó a correr ocultándose entre las sombras del jardín, dirigiéndose a uno de las vallas de la casa.

El abogado, con el arma otra vez en su poder, entornó los ojos para discernir por dónde escapaba Julie. Sin previo aviso, disparó dos veces a la oscuridad, aunque las balas se desviaron de la ubicación de la joven.

Con el miedo atenazando su espina dorsal, Julie se descolgó por la valla y cayó sobre el césped del otro lado. Pero al caer se torció el tobillo; maldijo para sí misma mientras calibraba en cuestión de segundos el alcance de la lesión.

«Me duele, pero no es momento para remilgos», dijo ella.

Oyó dos disparos más, pero estaba demasiado asustada para mirar atrás.

Medio cojeando salió corriendo hacia la calle en busca de ayuda, pero no encontró a nadie. Era como si Sunville hubiera decidido que como en casa no se estaba mejor en ningún sitio. A lo lejos oyó una voz que llamaba su nombre, aunque no distinguió si se trataba de Andrew o el malvado Sr. Bester.

El pánico le obligaba a correr con todas sus fuerzas, con la respiración entrecortada y buscando un refugio con desesperación. Sintió un repentino alivio cuando encontró abierta la puerta trasera de lo que parecía ser un pequeño edificio.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Julie, sintiéndose agotada por el cansancio y el

nerviosismo.

Nadie respondió, así que la joven fue caminando por un estrecho pasillo de paredes blancas que desembocaba en una estancia inmensa y sumida en la penumbra. Constantemente miraba hacia atrás, temiendo que apareciera el Sr. Bester empuñando el arma.

—¿Dónde estoy? —se dijo extrañada.

Al oler a palomitas de maíz no le costó averiguar que se encontraba en un cine. Miró hacia el patio de butacas, pero no había nadie: estaba vacío. Cruzó el escenario donde se extendía la inmensa pantalla en blanco con la idea de llegar hasta la salida más próxima de la sala, sin embargo, en cuanto saltó hacia las butacas una voz le obligó a detenerse.

—¡Julie! —exclamó el abogado.

—Toma los malditos diamantes —dijo ella, y metió la mano en el bolso, sacó la bolsa de terciopelo y la arrojó a los pies del abogado—. Ahora déjame en paz.

El Sr. Bester se agachó inmediatamente, tomó la bolsa y la abrió. Una sonrisa de satisfacción cruzó su cara.

—¡Alto ahí! Lo siento, mi querida Julie, pero no puedo dejar testigos. Quién me dice a mí que no irás a la policía a contarles toda la historia, y necesito vender los diamantes para tapas todas mis deudas de juego.

—Entonces, esa acusación de que hiciste trampas, era cierta, ¿verdad?

—Me temo que sí —dijo con una media sonrisa—. Qué gran actor se ha perdido el mundo del cine, quizá en otra vida, porque en esta me va a tocar ser millonario. No te lo tomes como algo personal, Julie, pero entiende que no eres más que un peón de este juego. Ya he liquidado a tu amigo Andrew, ahora solo me quedas tú.

La joven miró hacia atrás y fue cuando pensó que todo estaba perdido, pues la pistola le apuntaba directo al corazón.

Capítulo 8

Julie, desesperada, se tiró hacia una de las filas de las butacas con objeto de ocultarse y dificultar la tarea al Sr. Bester de asesinarla.

—Oh, Julie, eso es innecesario, no haces más que prolongar tu agonía. Siento que todo termine así, yo solo deseaba hacerme con los diamantes cuando tu padre me lo contó todo en una noche de borrachera. Imagínate mi cara cuando supe del pasado delictivo de tu padre...

El abogado se acercaba lentamente, paso a paso hacia ella mientras hablaba con naturalidad, como si estuviera apoyado en la barra de un bar hablando con un viejo amigo.

—... Fue como una respuesta a mis plegarias, pero luego murió de repente y no me quedó más remedio que contactar contigo. Pero luego me di cuenta de que tu serías capaz de dar con los diamantes, y como ves, no me equivocaba. Eres lista, lo admito...

A través de las patas de los asientos, Julie observó los viejos zapatos del Sr. Bester. Cada vez estaba más próximo, pero ella era incapaz de moverse presa del miedo. Aguantó la respiración mientras le entraban unas ganas de romper a llorar. Se arrepentía de tantas cosas pero ninguna como haberse quedado en Sunville. Era la primera vez en su vida que sentía el aliento fúnebre de la muerte a un palmo de ella.

Finalmente, los zapatos se detuvieron a escasos centímetros de su cara. Julie alzó la vista. Allí estaba la fría mirada del abogado, fija en ella.

—Fue un verdadero placer, Julie. Recuerdos a tu padre —dijo con ironía mientras le apuntaba a la cabeza.

—Por favor, no... —dijo con un hilo de voz.

Julie cerró los ojos y dejó la mente en blanco mientras el cuerpo no dejaba de temblarle.

«Es el fin».

De repente, una sombra se abalanzó sobre el malvado Sr. Bester, derribándolo. La pistola hizo un sonido metálico al caer al suelo. Julie abrió los ojos y observó cómo Andrew y el abogado forcejeaban. A toda velocidad se puso en pie. Andrew sangraba por un hombro y tenía el brazo derecho pegado a su cuerpo, inutilizado. Aún así, fue capaz de propinarle dos izquierdos a la mandíbula del abogado, que lo dejaron noqueado.

Julie, aliviada, fue corriendo a abrazarle.

—¿Estás bien...? Pensé que... Cuánto me alegro —dijo atropelladamente.

El miedo había dejado paso a un caudal de júbilo y esperanza. Al igual que en las películas o novelas románticas, Andrew había aparecido otra vez como un héroe a salvar a la princesa. Julie pensó que no había nada más bonito que aquello.

—Yo también me alegro de verte, pensé que no iba a llegar a tiempo —dijo él, respirando aún con dificultad.

La joven se fijó en su herida en el brazo mientras su cara expresaba una honda preocupación.

—Solo es un rasguño, aunque ha debido dañarse un ligamento, no puedo moverlo. Y tú, ¿cómo estás? —dijo Andrew rodeándola por la cintura con el otro brazo.

—Oh, de maravilla, mejor imposible —dijo con ironía.

Ambos se rieron debido al nerviosismo que aún sentían. Andrew se apartó con cuidado de ella y se agachó para coger la bolsa con los diamantes, guardada en uno de los bolsillos traseros del pantalón del Sr. Bester.

—Toma, haz lo que consideres con ellos —dijo Andrew sonriendo—. Si quieres devolverlos, me parece bien.

—Tom me dijo que tenías antecedentes penales, por eso huí de ti —dijo ella, avergonzada—. Pensé que me harías daño por los diamantes.

—Todo eso sucedió cuando era un idiota que deseaba agradar a su padre. Me equivoqué muchas veces, pero eso lo he dejado atrás. Aunque si no me crees, lo comprendo. No he sido justo contigo, lo siento, Julie. Pero ya no hay nada más que deba ocultar.

Julie tomó la bolsa sin saber qué decir. Entonces se le ocurrió que había llegado el momento decisivo, y que había esperado tanto tiempo sin saberlo.

—Toma, hazlo tú —dijo devolviéndole la bolsa de terciopelo—. Confío en ti. Devuélvelo a la compañía de seguros. Ellos sabrán qué hacer.

Andrew se quedó con la boca abierta, después esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Gracias, significa mucho que vuelvas a confiar en mí —dijo el surfista con la mirada brillante.

—Anda, tonto, bésame otra vez —dijo Julie alzándose sobre sus talones.

Julie sintió el sabor de la saliva de Andrew llenándola y sacudiendo su corazón. Sintió que la piel se le ponía de gallina como la primera vez que se besaron. Resultó ser uno de los mejores besos de su historia de besos, cargado con adrenalina y esa sensación de alivio por todo lo mal que lo había pasado. El beso de Andrew fue la mejor medicina para olvidar el mal trago y recordar todo lo maravilloso que ofrece la vida.

—Julie... —dijo rodeándola por la cadera, mirándola embelesado.

—Dime, amor... —musitó ella.

—Me tengo que ir, pronto vendrá la policía y no quiero líos. Volveré a por ti. Te lo prometo. Voy a dejar a mi padre a casa, recuperarme de la herida, hablar con la compañía de seguros y volveré a Sunville.

—Te estaré esperando —dijo ella al tiempo que descansó la cabeza sobre su pecho, aprovechando hasta el último segundo de su presencia junto a ella.

En la comisaría de Sunville, el agente Stamms arqueó una ceja mientras estaba apoyado en su escritorio, redactando el informe de lo sucedido. Julie estaba sentada con las manos entrelazadas sobre el regazo. Lo peor había pasado, aunque encontrarse frente a un agente de policía no era lo idóneo para relajarse después de estar al borde de la muerte.

—Ha tenido usted una suerte tremenda —dijo con seriedad el agente.

—Ha sido gracias a Andrew, sin su ayuda no estaría aquí contándole mi historia —dijo Julie con la clara intención de exonerar al joven de cualquier acusación, pues Tom se había encargado de informarles del pasado de Andrew—. El Sr. Bester es el verdadero culpable de todo lo que ha pasado.

El abogado estaba encerrado en el calabazo, en la planta inferior de la comisaría. Julie recordó, aún con cierto asombro, cómo lo habían detenido y esposado en el cine. El rostro del abogado era de un absoluto abatimiento, de un hombre derrotado de

principio a fin. Aunque Julie le deseaba la peor suerte posible, no podía evitar compadecerse de él.

Stamms dejó de escribir en el ordenador y se inclinó sobre la mesa. Julie se fijó en que su uniforme estaba limpio y bien planchado.

—Pero, ahora mismo, ¿quién tiene los diamantes? —preguntó él clavando la mirada en Julie.

—Se los di a Andrew para que se lo entregara a la compañía de seguros.

—¿Cómo? Creo que no he oído bien —dijo el policía frunciendo el ceño—. ¿Le entregó los diamantes a una persona con antecedentes de robo?

Julie asintió con la cabeza, segura de sí misma.

—Sí, lo hice y no me arrepiento. Confío en él —dijo con aplomo.

El agente de policía dibujó en su rostro una expresión de desconcierto.

—Lamento decirle que a estas horas ese tal Andrew estará camino a México, cruzará la frontera y venderá las joyas al mejor postor. Es usted una ingenua —dijo con seriedad.

—Eso habrá que verlo, agente —dijo Julie, dolida—. Tengo la sensación de que con el tiempo corregirá sus palabras.

—Se ganó su confianza hasta el punto de que usted, de su propia iniciativa, le entregó los diamantes. Es muy bueno ese chico —dijo mirando la pantalla del ordenador.

—Ya le dicho que se equivoca —dijo Julie deseando terminar cuanto antes y regresar a casa de Laura.

El agente terminó de redactar el informe y lo imprimió. Mientras se levantaba en busca de los papeles escupidos por la impresora situada en la otra esquina, Julie miró hacia el pasillo. Cuando vio a Margaret, se movió inquieta en la silla. Sin duda, venía a visitar al Sr. Bester. La mirada que dedicó a Julie la dejó helada, sintiendo un escalofrío recorrer su espina dorsal.

«¿Estaría ella al tanto de las maniobras de su marido o lo ignoraba todo?», se preguntó.

Julie albergó la sensación de que jamás obtendría la verdadera respuesta. Margaret parecía una mujer al servicio de su marido, pero si algo le había enseñado toda esa aventura era que las apariencias engañan. El Sr. Bester había sido un claro ejemplo de este pensamiento.

—Firme aquí y aquí —dijo el agente de policía cuando regresó con los papeles impresos.

La joven tomó un bolígrafo de la mesa y firmó donde se le indicó. En ese momento, observó cómo Laura y Kevin entraban por la comisaría con cara de susto. Julie se sintió reconfortada cuando se percató de cuánto les importaba a sus amigos.

—Julie, mi niña, ¿estás bien? —preguntó Laura mientras caminaba hacia el escritorio.

La joven se dejó abrazar por ambos.

—¡Qué susto nos has dado! —exclamó Kevin mirando a Julie y al policía—. ¿Qué ha pasado? No entiendo nada.

—No te preocupes, te lo explicaré todo en casa —dijo Julie tomando con afecto la mano de su amiga.

—Por suerte, todo ha terminado bien —dijo Stamms recogiendo el informe y guardándolo en un cajón de su escritorio—. William Bester pasará una larga temporada entre rejas.

—¿Me puedo ir ya? —preguntó Julie.

El agente Stamms asintió con la cabeza al tiempo que le lanzaba una cálida sonrisa por primera vez desde que se conocían. Puede ser que después de todo no fuese tan serio como aparentaba, pensó la joven.

Laura rodeó los hombros de Julie mientras, junto a Kevin, se dirigían a la salida. Estaba encantada percibiendo la calidez y el cariño de su compañía. No hay nada más valioso

en esta vida que contar con gente a la que le importas.

Capítulo 9

Y, por fin, llegó el esperado día de la boda de Laura y Kevin. Sin embargo, sobre el corazón de Julie acechaba una larga sombra. Desde la última vez que vio a Andrew, en el cine, no había vuelto a saber de él, y ya habían transcurrido dos semanas. Todo ese tiempo sin una llamada, mensaje o correo electrónico. Cuando Andrew se despidió de ella, pensó que sería una cuestión de días. Llevar a su padre a casa de su hermana en Florida, y regresar a Sunville. «¿Por qué le lleva tanto tiempo?».

En aquella temprana mañana de cielo despejado de agosto, mientras se vestía para la ceremonia recordó la escéptica mirada del agente Stamms cuando le confesó que confiaba ciegamente en Andrew. Le dolía admitirlo, pero en esa confianza comenzaron a aparecer las primeras grietas. Se moría de ganas por hablar con Laura sobre el tema, pero no era el día más apropiado para ello. «Se merece un día repleto de felicidad sin lamentos de su amiga. Mañana a esta hora estarán en Bali y no deseo que se lleven al viaje mis preocupaciones».

Julie, con resignación, se vistió con una blusa verde oliva de tirantes. Era un conjunto de una sola pieza, que le quedaba como un guante y que le hacía relucir su cara. No en vano, era su vestido favorito y solo lo lucía en las grandes ocasiones. Para la chapa y pintura se decantó por un colorete que aplicó con mimo sobre sus mejillas, y un rojo intenso para los labios. Por supuesto, no podía faltar la sombra de ojos de un color verdoso para que combinara con el vestido y los dos kilos de rímel. A pesar de lo guapa que se veía frente al espejo, a Julie le apetecía tumbarse sobre la cama (sofá en su caso) y llorar un buen rato hasta desahogarse. Pero no se le pasó por la cabeza quedarse en casa, pues Laura no se lo perdonaría.

Laura, por otro lado, estaba radiante. Era su día y todo debía salir perfecto.

—Estás guapísima, Laura —dijo Julie, emocionada, cuando la vio embutida en el vestido blanco radiante de crepe, con el hombro transparente y un juego precioso de encajes. Llevaba un vistoso ramo de tulipanes naranjas con los tallos visibles, y su peinado era de lo más original, pues era con una raya lateral adornado con un broche bañado en plata, muy *vintage*.

—Muchas gracias, Julie —dijo mientras se miraba al espejo, irradiando una felicidad enorme; ilusionada como una niña, mirándose por delante y por detrás.

A su lado estaba Cassandra, y ese era otra fuente de su alegría. Después de los quebraderos de cabeza causados por sus travesuras, su hija reflejaba una calma y una obediencia sorprendentes. Era como si hubiera aprendido que la boda sucedería le gustase o no a ella.

—Veo que Cassandra se lo está tomando bien —dijo Julie.

—Calla, le he prometido un viaje a Disneyworld para el año que viene, si no estaría pegando berridos como una cabra —dijo Laura resoplando.

Julie sonrió y comprendió que ser madre no era precisamente una tarea sencilla.

Quedaron que se verían en la ceremonia, pues varios coches con familiares salían ya hacia el lugar del evento y no podían esperar a Julie.

Mientras la joven caminaba hacia la salida, miró una vez más la pantalla de su teléfono móvil en busca de una señal de vida de Andrew, pero nada. Cero. Ninguna llamada perdida, ningún mensaje, nada con lo que ilusionarse ante una inminente llegada.

«Dios mío, qué tonta he sido. Qué bien lo ha hecho Andrew, se ganó mi confianza total. Está claro que no se puede confiar en ellos».

Además, para fastidiarla aún más, muchas cosas le recordaban al surfero de ojos azules. La playa donde se celebraría la boda estaba muy cerca del malecón, donde él solía dar clases. Julie se obligó a no pensar más en él con objeto de disfrutar de la boda.

Y allí estaba ella con su fabuloso vestido, sus zapatos de tacón que hubo de dejar en un sitio habilitado para ello por lo incómodo de caminar por la arena, y con el corazón cosido de sentimientos lúgubres.

A decir verdad, el lugar era precioso y original. Aún el calor no había hecho acto de presencia, así que los invitados se encontraban a gusto con sus elegantes atuendos. Se había dispuesto un pequeño escenario portátil donde destacaba un arco muy vistoso repleto de flores. A pocos metros, el alcalde de Sunville —el cual celebraría el casamiento— departía con Kevin animadamente.

Julie se acercó al novio para darle un afectuoso beso en la mejilla y preguntarle cómo estaba. Estaba guapísimo, con su melena brillante y el impecable frac con un bonito chaleco a rayas; en el ojal, una rosa roja añadía un toque de *glamour*.

—Como un flan —dijo Kevin frotándose las manos.

Por suerte, la ceremonia transcurrió como estaba previsto, sin nadie irrumpiendo con un pistola y demandando los dichosos diamantes. La novia bajó del Mercedes y fue acompañada por su padre hasta el altar. Laura no podía dejar de ser Laura incluso en ese momento, por lo que derrochaba simpatía saludando con la mano y gritando “guapa” y “guapo” a todo el mundo. El momento del “sí, quiero” fue emocionante e inolvidable, y los invitados aplaudieron a rabiar, además de que se derramaron abundantes cantidades de litros cúbicos de lágrimas. El mar se mostraba relajado, marcando con suaves vaivenes de las olas el ritmo del evento, y las gaviotas volaban por encima entre curiosas y tímidas.

El banquete tuvo lugar en un pequeño hotel en cuyo interior alojaba un restaurante con techumbre de paja, muy llamativo. Desde la terraza se disfrutaba de una visión idílica de la playa, rodeado de buganvillas y junto a una enorme piscina con una espléndida cascada. Los camareros sirvieron los platos con diligencia y los invitados empezaron a llenarse los carrillos de succulentos manjares. Se vivía un ambiente de alegría y emotividad cuyo epicentro se encontraba en Laura y Kevin, quienes presidían el convite sonriendo sin cesar.

Sin embargo, el corazón de Julie seguía sufriendo. Por fuera procura participar de la corriente festiva charlando animadamente con los invitados de su mesa, pero el sentimiento de profunda decepción que sentía por Andrew le resultaba imposible de obviar. Cada segundo que transcurría, sus sospechas se volvían cada vez más una certeza. El surfero, justo en ese momento, debía estar riéndose de ella a mandíbula batiente, brindando con una copa de champaña en un hotel de lujo de Baja California.

La música empezó a llenar el salón y todos los invitados de su mesa se levantaron para menear el esqueleto. Ella, no obstante, decidió permanecer sentada y observar desde la distancia. Al poco, un hombre calvo ataviado con unos pantalones de tirantes se acercó titubeante.

—¿Te gustaría bailar? —dijo con la frente llena de sudor.

—No, gracias. Estoy cansada —dijo Julie sintiendo darle una negativa, pero en ese momento su cuerpo no le demandaba mucha efusividad.

El hombre regresó por donde vino con una media sonrisa y Julie continuó observando, con envidia, desde la distancia el carrusel de alegrías y vítores de los invitados.

—¿Bailas? —preguntó una voz a su espalda.

—Ya te he dicho... —dijo Julie, pero cuando se giró se quedó sin habla.

Allí estaba Andrew, su surfero favorito, guapísimo con un traje azul marino bien entallado, y una corbata color turquesa que resaltaba su rostro recién afeitado. Su melena rubia, maravillosa como siempre, caía sobre su frente, indomable y sexy. Pero sin duda lo mejor eran sus ojos azules como dos gemas alumbrando en mitad de la noche.

—¡Andrew! —exclamó ella explotando de júbilo.

Julie, incapaz de contenerse, saltó de su asiento como impulsada por un resorte y lo abrazó presa de un salvaje entusiasmo. Fue indescriptible el momento en que ella sintió cómo los poderosos brazos del surfero la rodeaban. Julie se colgó de su cuello y alzándose sobre sus talones fue en busca de sus carnosos labios, con los cuales había soñado noche y día.

—Si supieras cuánto te he echado de menos... —susurró Andrew, aunque no dispuso de tiempo para decir nada más, pues el beso selló sus palabras.

Julie sintió la lengua saborear la suya, ambas enredadas en un viaje sensual, húmedo e inolvidable. La joven sintió cómo el beso era como un caudal emocionante que devastaba toda la melancolía acumulada en los pasados días. Aquella conexión íntima y especial volvía a la superficie y aquello le encantaba, por supuesto.

No obstante, cuando finalizó ese fenomenal beso, la expresión de Julie cambió. La enorme sonrisa dejó pasar al fruncimiento del entrecejo. Sin decir nada, le pellizcó en la mano.

—¿Por qué no me has llamado? No sabía nada de ti —dijo Julie, deseando saber el por qué de tanto misterio.

—Perdóname, cariño. El móvil se me olvidó aquí, en casa, y no tenía tu teléfono. Ha sido un viaje larguísimo y mi padre ya sabes, no es fácil de tratar, pero al final se ha quedado en casa con mi hermana. Además, estuve de médicos para que me curaran la herida. ¿Estabas preocupada?

—No, en absoluto —dijo Julie mintiendo descaradamente.

—Perdóname, Julie. Te compensaré; me imagino el susto que te debiste llevar, pensarías que me había marchado con los diamantes, ¿verdad?

—¿Quién, yo? Qué va... —dijo Julie con ironía—. Por cierto, ¿cómo sabías que estaba aquí?

—Fui a la cafetería y la vi cerrada. Pregunté en el negocio que hay al lado y me lo dijeron —dijo Andrew encogiéndose de hombros—. Espero que a Laura no le importe que me haya colado.

La música cambió de tercio volviéndose más melosa. A lo lejos, los niños correteaban por el césped como si fueran presos recién salidos de la cárcel.

Entonces el surfero la tomó de las manos y la miró fijamente durante unos segundos, examinándola de arriba a abajo con una expresión de asombro.

—Venga, vámonos de aquí —dijo acercándose al oído—. Estás preciosa y estoy como loco deseando quitarte el vestido y follarte.

—Ay, qué románticos son los reencuentros —dijo Julie sonriendo entre dientes.

Capítulo 10

En el dormitorio de Andrew se desató la pasión acumulada en tantos días. Julie estaba hambrienta de él. Deseaba sentir cómo se convulsionaba bajo su cuerpo. Ambos estaban desnudos sobre la cama sumidos en el silencio de la casa. Julie se llevó la mano derecha a su sexo para acelerar el proceso, algo que sorprendió a Andrew. Se quedó observándola mientras se llevaba la mano a su prodigiosa erección.

—Quiero follarte duro hasta que te duela, Julie —musitó él mientras le regalaba besos por el cuello, el hombro, el brazo...— Qué ganas te tenía, en cuanto te vi deseaba arrancarte las bragas y estar dentro de ti.

Andrew apartó la mano de Julie y fue la suya quien tomó el relevo en el sexo de ella, rozando el clítoris con la palma de la mano en perversos círculos. Ella cerró los ojos y gimió

—Dime que te gusta... —dijo Andrew sin dejar de mirar su rostro contraído en una honda expresión de puro placer.

—Me gusta sentirte dentro —dijo, y cuando terminó de pronunciar esas palabras, se mordió el labio inferior, pues su cuerpo se estaba cargando de una electricidad diabólica—. Hazlo fuerte....

—¿Quieres que te folle duro? —sonrió él, dibujando una sonrisa perversa.

—Sí —asintió.

En el acto se incorporó de rodillas y le dio la vuelta sin contemplaciones, colocándola boca abajo. Andrew se colocó encima, y ella percibir su fabuloso cuerpo lleno de músculos aplastándola levemente contra el colchón.

—Levanta el culo —dijo con un deje autoritario que excitó a Julie—. Sé que te gusta, así que te voy a follar fuerte desde atrás.

La joven cerró los ojos y extendió los brazos sobre la cama en actitud de rendición. El pulso se le aceleró al imaginar lo que estaba a punto de suceder, el sexy surfero penetrándola, haciéndola suya, rompiéndola en dos...

Andrew primero se sació la lujuria agarrando con fuerza el trasero de la joven, ambos glúteos, como si sus manos desearan convertirse en su segunda piel.

—Cómo me pone tu culo, Julie. Es una obra de arte.. —susurró.

Después le agarró de las caderas, clavó su pene en la ya húmeda vagina y empezó a empujar con la fuerza de un animal. Julie sintió la profunda penetración; a pesar de la molestia, le causaba una gran placer.

—¿Quieres que te folle más duro? —preguntó de una forma arrogantemente sexy.

—Sí —rogó ella arrastrando la palabra.

—No te oigo, dilo más alto.

Julie tragó saliva, sentía su cuerpo envuelto en llamaradas.

—¡Sí!

El surfero cogió su pelo recogéndolo en una coleta con la mano y tiró de él con cierta

rudeza.

—Ay —se quejó Julie, pero le encantaba sentir un cúmulo de sensaciones mientras la penetraban con fuerza una y otra vez, sin cesar...

—Quiero que te corras, ¿me has oído?

Julie asintió con la cabeza, cerrando los ojos, sintiendo que su cuerpo flotaba sobre un volcán a punto de explotar.

Andrew volcó parte del peso de su pecho sobre su espalda para empujar con lentitud, deslizándose aún más dentro de ella agarrándose a los hombros. Después introdujo fugazmente un dedo en la boca de Julie, quien sintió el sabor salado y estimulante de su piel.

—Estoy casi... —dijo con un hilo de voz.

—Yo... también —replicó al sentir el cosquilleo anunciando el orgasmo.

Como una ola arrasándolo todo, como una súbita erupción destrozando su cuerpo, así fue cómo llegó el clímax para ambos, enlazando una serie de gruñidos y jadeos. Era tan excitante percibir cómo su surfero la llenaba con su esencia...

Andrew se desplomó sobre ella, con la respiración entrecortada. Estuvieron en esa posición durante unos segundos, recuperando el fuelle, volviendo a ser dueños de su propios cuerpos. Pero el surfero aún no había terminado, antes de Julie pudiera declararse recuperada de nuevo, le mordisqueó la oreja.

—Aún no hemos terminado, quiero ducharme contigo —dijo el surfero clavando sus ojazos azules en ella, desprendiendo ese brillo en la mirada que sería capaz de hipnotizar a todas las mujeres del mundo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora, quiero más sexo, mucho más sexo contigo, Julie —dijo sonriendo al tiempo que besaba su hombro.

Al imaginar el agua fresca cayendo sobre su cuerpo desnudo sonrió también, porque así aliviaba el sudor por el folleteo y por el calor que ya empezaba a notarse.

Sin más dilación, Álvaro se adelantó para abrir el grifo de la ducha. Julie se quedó a solas en el dormitorio por un segundo, saboreando el éxtasis que acababa de conquistar, sintiéndose joven y deseada, con las manos y las piernas extendidas sobre la cama inmersa en la delicia del verano.

Al llamarla, Julie se levantó y se dirigió al baño, donde el surfero más sexy de América le esperaba, desnudo, mojado ya y en todo su esplendor como miembro real del género masculino.

—Ven conmigo, amor —dijo él con el pelo brillando por efecto del agua.

El agua tibia empezó a resbalar por el cuerpo de Julie al tiempo que Andrew le aplicaba el gel de ducha con ambas manos, de espaldas, creando espuma mientras masajeaba sus pechos, aprisionándolos con ternura, esculpiéndolos continuamente con una cadencia erótica y estimulante.

—Me encanta tu cuerpo —musitó él.

—Pues el tuyo tampoco está mal —dijo ella guiñándole un ojo mientras alzaba los brazos y enroscaba las manos en su cuello, agrandando aún más sus pechos.

Después deslizó una mano enjabonada desde el vientre hasta la entrepierna, atrapando el sexo húmedo como si el centro del mundo le cupiera en la palma de su mano. Automáticamente la respiración de Julie se disparó. Las manos de Andrew se movían con destreza por su cuerpo, apretando el pezón de su pecho, generando más espuma al friccionar su sexo con su otra mano. Julie lanzó un largo suspiro, su cuerpo estaba relajado, ardiente... Mientras el agua caía generando también espuma a sus pies, envolviéndolos en un aroma refrescante y limpio.

Llegó el turno de Julie. Bajo la atenta y cachonda mirada del surfero, aplicó un generoso chorro de gel sobre su mano. Creó espuma y enseguida tocó el abdomen perfecto, ansiosa por perderse en su piel bronceada. De refilón observó su miembro

erecto como un cohete mientras masajeara sus firmes brazos, su pecho duro como el acero. Andrew suspiró, deseando que llegara el turno de su pene y Julie sonrió con malicia pues se estaba haciendo de rogar.

Por fin, lo acarició con las manos llenas de jabón; imprimiendo un ritmo cadencioso de arriba a abajo, hasta que alcanzó su máxima longitud y firmeza. Con la ayuda del agua lo limpió y, sin pensarlo dos veces, se arrodilló y se metió el voluminoso pene en su boca mientras el agua seguía corriendo creando brillantes perlas sobre los cuerpos de ambos amantes. El vapor ya era una niebla densa flotando por debajo del techo.

—Sí... —dijo él con la cabeza hacia atrás.

Estaba húmedo y salado. Succionó y movió los labios, apretándolos contra el miembro. Las manos de Andrew tomaron su cabeza y la dirigieron hacia él mismo para que se introdujera el pene todo lo que fuera posible. Julie saboreó la punta y, a pesar de estar bajo su dominio, un halo de poder la invadió mientras continuaba succionando y lamiendo, succionando y lamiendo... El sonido del agua se mezclaba con los gemidos de Andrew, quien estaba poseído por un frenesí ingobernable; Julie sacaba su boca y se la volvía a meter apuntalando el movimiento con una mano en la base del pene.

—Julie, espera... —dijo Andrew con desesperación.

La joven se apartó para que el surfista se corriera, derramándose. Se incorporó mientras le tomaba del brazo, incapaz de separarse de él.

—Me he quedado con ganas de más —dijo él una vez recuperado.

—Yo también —dijo ella abrazándole—. Ha sido maravilloso.

Al día siguiente, al atardecer, frente a la casa de Laura, la pareja se subió a la furgoneta con el fin de dirigirse directamente al malecón. Ella acarreaba las cenizas de su padre, pues había llegado el momento de la despedida definitiva.

En la playa apenas unas cuantas sombrillas aquí y allá, los rezagados antes de dar por concluido el día. El sol comenzaba su descenso hacia las montañas y la luz en algunos rincones de Sunville adquiría un tono violáceo. En el malecón era la hora de los pescadores, quienes vigilando la caña esperaban con suma paciencia que el mar les alegrara las horas de espera. Las gaviotas se posaban en parejas sobre las vigas de madera, rozándose los picos y graznando.

—Gracias por acompañarme. Significa mucho para mí —dijo Julie mientras miraba a Andrew.

—Al contrario, gracias a ti por dejar que te acompañe —respondió mientras la rodeaba por la cintura, caminando hacia el punto más alejado.

—Ya he llegado la hora de decirle adiós para siempre.... Ha sido, ¿sabes?... —dijo ruborizándose—... Es una tontería, pero es como si me hubiese hablado del más allá, dejándome pistas, procurando que supiese cosas de él, algunas que jamás imaginaría... No tuve tiempo de conocerle pero siento que atesoro ya grandes recuerdos, y ese odio que sentía por él ha desaparecido, ahora hay una calma, una resignación, una paz... No sé cómo explicarlo mejor.

—Lo estás explicando a la perfección, Julie.

—Además, siento cómo si él me hubiese traído a Sunville para que lo conozca y ¿sabes qué?

—No, dime.

—Creo que voy a aplazar mi regreso a la Gran Manzana, y voy a probar una temporada, me he echado un novio muy guapo y sexy que me trae loca...

—Pues a ver si me lo presentas —dijo con una sonrisa irónica.

Ambos rieron. Julie se sentía feliz después de todo lo que había pasado, un nuevo camino se extendía ante ella llena de proyectos e ilusiones. Con la gratificación que la

empresa de seguros les había entregado por recuperar los diamantes, Julie plantearía a Laura convertirse en socia de La espuma, algo que ella estaba convencida de que accedería encantada. Así pues, Julie sería también dueña de su negocio, algo que le estimulaba muchísimo.

Al llegar hasta el final, se apoyaron en la barandilla. El mar se extendía ante ellos inmenso y misterioso. Un brisa lamía sus jóvenes rostros mientras el cielo adquiría su tono anaranjado de costumbre, mezclándose con un nutrido grupo de esponjosas nubes. Desde aquel lugar, a sus espaldas se apreciaba también el perfil de la orilla de Sunville visto desde lejos.

—Esto es el paraíso —dijo Andrew inspirando el aire con aroma a sal—. No se puede vivir mejor.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Julie agarrando con cuidado la urna con la cenizas. Abrió la tapa y dejó que los restos de su padre se mezclaran con la brisa mientras caían sobre el mar, convirtiéndolos en algo más que una materia orgánica, convirtiéndolos en un bonito y eterno recuerdo que para siempre se refugiaría en Julie. Los ojos se le llenaron de lágrimas, por lo que Andrew la rodeó por los hombros y la besó con cariño en la frente. No era necesario decir nada, bastaba con ofrecer su silencio para que ella percibiera su cálido consuelo. Al cabo de unos segundos, el mar escondió para siempre en su abismo las cenizas de su padre. Julie permaneció unos minutos más, paseando la mirada por el paisaje de un día que nunca olvidaría.

Ambos regresaron a la orilla, caminando juntos, sin despegarse, perteneciendo el uno al otro para siempre.

—Ahora por fin me puedas dar esas lecciones de surf... —dijo Julie sonriendo con ternura.

FIN